

# CRÓNICAS MIGRANTES



OIM  
ONU MIGRACIÓN

ARGENTINA



Anfibia





## **Créditos**

Dirección general: OIM y Revista Anfibia

Coordinación: Juan Schneider y Leila Mesyngier

Equipo de edición: Sonia Budassi, Gimena Pérez Caraballo  
y Ezequiel Fernández Bravo

Dirección de arte: Sebastián Angresano

Diseño editorial: María Neyra

# **CRÓNICAS MIGRANTES**

**Publicado por: Organización Internacional para las Migraciones.**

Av. Callao 1046 - 2° piso — Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
C. P. C1023AAQ — Argentina  
+54 11 4815 1035 / 4811 9148  
iombuenosaires@iom.int — [www.argentina.iom.int/co/](http://www.argentina.iom.int/co/)

---

Esta publicación no ha sido editada oficialmente por la OIM.

Esta publicación fue emitida sin la aprobación de la Unidad de Publicaciones de la OIM (PUB).

Quedan reservados todos los derechos. La presente publicación no podrá ser reproducida íntegra o parcialmente, ni archivada o transmitida por ningún medio (ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado u otro), sin la autorización previa del editor.

Las opiniones expresadas en las publicaciones de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) corresponden a los autores y no reflejan necesariamente las de la OIM. Las denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican juicio alguno por parte de la OIM sobre la condición jurídica de ningún país, territorio, ciudad o zona citados, o de sus autoridades, ni respecto del trazado de sus fronteras o límites.

La OIM está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada y en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de organismo intergubernamental, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para: ayudar a encarar los crecientes desafíos que plantea la gestión de la migración; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración; y velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

# ÍNDICE

## ENCONTRARNOS EN LA DIVERSIDAD

10 — 13  
PRÓLOGO OIM

texto Gabriela Fernández

## EL RELATO MIGRANTE COMO OPORTUNIDAD

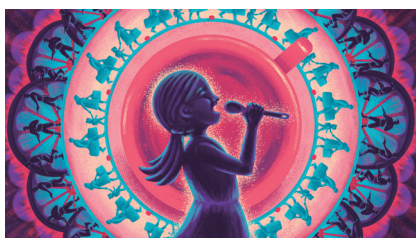
14 — 17  
PRÓLOGO ANFIBIA

texto Sonia Budassi



18 — 23  
LA EPOPEYA ANDINA

texto Guillermo Capoya  
arte Juan Fuji



24 — 33  
ANUSH TODAVÍA NO  
CONOCE EL MAR

texto Constanza Di Primio  
arte Gastón González



34 — 41  
HABLO TRES IDIOMAS,  
ESCRIBO EN DOS, SUEÑO  
EN UNO

texto María Dolores Errea  
arte Sebastián Dana



42 — 49  
MEMORIAS DE UN  
MILITANTE POR LOS  
DERECHOS DEL PUEBLO

texto Florencia Quercetti  
arte Antonella Malachite



50 — 55  
COSECHERA

texto Macarena Mercado Mott  
arte Gastón González



56 — 63  
CUANDO LOS  
LADRILLEROS COMPARTEN  
CON SUS MUERTOS

texto Natalia Grossenbacher  
arte Federico Lenci



64 — 71  
PARA ESTO QUEREMOS  
BAILAR

texto Laura Cabezas  
arte Sebastián Dana





**72 — 77**

**PALABRAS MAYORES DE LA MIGRACIÓN**

*texto Clara N. Oliveros  
arte Alina Najlis*



**78 — 85**

**ESA SALSA: COSA DE MUJERES**

*texto Alejandra Torrijos  
arte Juan Fuji*



**86 — 91**

**LA SAZÓN DE MI PAÍS**

*texto Carolina Corfield  
arte Alina Najlis*



**92 — 101**

**ECHAR PA'LANTE**

*texto Gabriela Sala  
arte Antonella Malachite*



**102 — 109**

**DONDE ESTÁ UNA, ESTÁ LA OTRA**

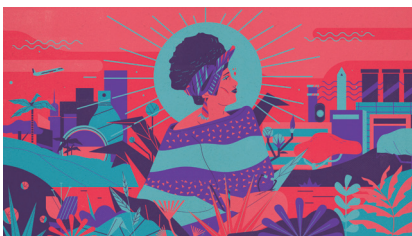
*texto Sofía Arrieta  
arte Federico Lenci*



**110 — 115**

**¿QUÉ LE HICIERON A MIS NIETAS?**

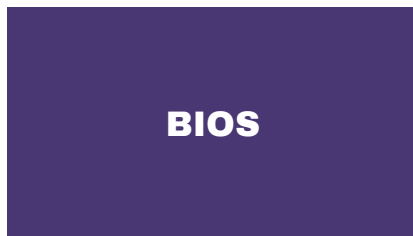
*texto Delia Ramírez  
arte Pini Perrone*



**116 — 123**

**JOSIE Y LOS NUEVOS COMIENZOS**

*texto Dhéo Carvalho  
arte Japo (Diego A. Yamasato)*



**BIOS**

**124 — 131**

**CRONISTAS E ILUSTRADORES**

**PRÓLOGO OIM**

**ENCONTRARNOS  
EN LA  
DIVERSIDAD**

*texto*

**GABRIELA FERNÁNDEZ  
[ JEFA DE OFICINA OIM ARGENTINA ]**

Con mucha alegría presentamos una nueva edición de Crónicas Migrantes que desarrollamos junto a Anfibia para promover narrativas constructivas en torno a la migración, difundir historias de vida y dar voz a las personas migrantes. Una iniciativa que tiene la convicción de que conocernos y reconocernos en lo común y lo diverso de nuestras trayectorias es el fundamento sobre el cual construir vínculos plurales, que valoren la diversidad y cimenten sociedades más inclusivas, abiertas y democráticas.

Nuevamente, 14 periodistas y académicxs nos permiten asomarnos a 14 historias migratorias que iniciaron en Armenia, Bolivia, Brasil, Colombia, India, Japón, Paraguay, Perú, Venezuela, pero que tienen en común a la Argentina como un punto en su trayectoria.

Lo común y lo diverso también se refleja en estas historias, como diferentes caras de una moneda, en los distintos modos en los que un mismo fenómeno cobra sentido y transforma nuestras vidas.

Si tuvieron que transcurrir más de 4 mil kilómetros para que La Candela resignificara la salsa omnipresente en su Barranquilla natal, la danza y la música fueron desde siempre, para Yuvinka, rei-

vindicación del disfrute y estrategia para escapar a los dictados del patriarcado. La morenada como acto de liberación y resistencia.

El idioma, como su trabajo, fueron una herencia que Griselda aceptó con más resignación que deseo. En cambio, el Tamil, lengua materna de Gothwam, fue y es una bandera por la que luchar. Aunque hable tres idiomas y escriba en dos, él sigue soñando en uno.

La distancia recorrida a pie fue para Yuken una montaña que se transformaba en desaliento, mientras que Josie viajó desde Porto Velho, en Brasil, a Irlanda, y luego a Canadá, y más tarde a Estados Unidos, alejándose de una identidad que ya no la representaba, para encontrarse finalmente en Argentina, con quien ella fue todo el tiempo.

Incluso un fenómeno tan potente como la pandemia por COVID-19, que se encuentra presente como telón de fondo en una buena parte de estas historias, representó para Anush y Constanza, al mismo tiempo, la dificultad del sostenimiento económico y la oportunidad para fundar un vínculo fértil, que seguramente seguirá alimentando sus vidas cuando la pandemia sea para todos y todas un mal recuerdo.

Gracias a quienes migraron con el cuerpo y con el corazón. Gracias a quienes están aquí, sin dejar de estar allá. Gracias profundamente a los y las protagonistas de cada una de estas historias inspiradoras, dolorosas, admirables y transformadoras, por permitirnos conocerlas, entender que cada trayectoria es única, y reconocer que cada historia se entrelaza en las múltiples identidades que nos constituyen como individuos.



**PRÓLOGO ANFIBIA**

**EL RELATO  
MIGRANTE COMO  
OPORTUNIDAD**

*texto*

**SONIA BUDASSI**

Una expresión usada con frecuencia, al punto haberse convertido en un lugar común determina, de un modo optimista, que las crisis representan una oportunidad. Pero la historia demuestra que no siempre es así. Ante un contexto global plagado de dificultades sociales y económicas, en un mundo donde prima la desigualdad, y algunas vidas parecen valer más que otras, se despliegan políticas públicas que reivindican la postura de ver al otro como enemigo, como amenaza. Fronteras cerradas, falta de asistencia, incompreensión que favorece la xenofobia y la discriminación: el otro visto como quien desea quitarnos algo. Y ciertas representaciones mediáticas oscilan entre presentar versiones edulcoradas de personajes idealizados, despojados de su contexto social, o estigmatizaciones que, explícitas o no, terminan contribuyendo a los discursos de odio.

En los intersticios continuos de estas prácticas históricas y actuales, aparece la literatura de no ficción como una forma lúcida, compleja y al mismo tiempo – no es una paradoja- esclarecedora de contar aquellas vidas. Una aproximación que amplía nuestros

horizontes de comprensión, y vuelve legibles, humanos, por ejemplo, a los datos abstractos -también necesarios- conformados por cifras y estadísticas referidos a migración. Así, la crónica brinda densidad, claroscuros, vitalidad y particularidad de modo que logra conmover y hasta movilizar a la acción. ¿Cómo abordar, entonces, el recorte de una vida humana? ¿Con qué tono modular la voz para poder reflejar los distintos conflictos de los migrantes de estos textos? ¿Cómo acercarnos a escuchar, cómo narrarlos para dar cuenta de sus pesares y victorias sin caer en cursilerías? Sobre estos dilemas, entre tantos otros, pensamos, debatimos, y leímos durante los talleres donde participaron los autorxs becadxs por Anfibia y OIM, junto a la experta en Comunicación Intercultural, Gimena Pérez Caraballo.

A veces, las biografías tienen la estructura de las narraciones clásicas: donde hay adversarios, también aparecen aliados que ayudan a sortear los obstáculos. Cada uno de estos textos provoca el efecto de lectura propio de la crónica: generan empatía, e identificación -por más que nuestras experiencias particulares sean bien distintas-, sin caer en idealizaciones ni golpes bajos.

Y si hay relatos atravesados por dolores muchas veces inenarrables, y otros de resiliencias y superación, en este libro a todos los aúna, sin declamaciones, la conciencia -o la evidencia- de que el trabajo solidario, colectivo, genera mayores logros para cada grupo particular y, al mismo tiempo, para toda la sociedad.

Guillermo Capoya recupera la historia olvidada de un grupo de japoneses que cruzaron mares y cordilleras; Constanza Di Primio encontró, en una familia armenia en busca de ser reconocida como refugiada en Argentina, una nieta adoptiva; María Dolores Errea elabora el perfil de Gowtham, nacido en la India, quien desafía las falsas dicotomías alrededor de los modos del ascenso social; Florencia Quercetti narra la vida de Christian y cómo pasó de una militancia religiosa en Colombia, a un activismo laico en Argentina; Macarena Mercado Mott cuenta las estrategias de Griselda, quien no cree que el trabajo en la zafra pueda ser un destino fijado por herencia familiar; Natalia Grossenbacher narra cómo en Allen la colectividad boliviana se organizó para producir ladrillos y construir, con astucia y tenacidad, sus propias casas; Laura Cabezas perfila a Yuvinka Sejas y desglosa, sin solemnidad, los modos en que el baile “la morenada” es un ritual y, al mismo tiempo, un medio para luchar, en lo concreto, contra el yugo patriarcal; Clara N. Oliveros muestra cómo dos mujeres venezolanas, en Buenos Aires, trabajan en un oficio tan necesario como infravalorado:



cuidan adultos mayores -uno de los grupos más discriminados; Alejandra Torrijos cuenta los códigos de la salsa en Colombia y el trasfondo de la fiesta en Argentina con un grupo de migrantes: la fiesta como resistencia; Carolina Corfield cuenta una historia venezolana y bonaerense: la comida como un faro doméstico vuelto social; Gabriela Sala reconstruye la voz de una enfermera, madre de una niña y retrata la precariedad laboral; Sofía Arrieta cuenta cómo Mariela y Velia, de la comunidad peruana de El Pueblito en Córdoba, armaron un meredendero, se recuperaron y ayudaron a recuperar al barrio luego de un incendio; Delia Ramírez da cuenta de la persecución, en Paraguay, de Mariana de Jesús Ayala López y la tragedia del asesinato de sus nietas mientras busca justicia desde su exilio en Argentina; Dhéo Carvalho relata cómo la joven brasilera Josie Galore terminó en Argentina luego de ir de Porto Velho a Dublín, de Vancouver a Estados Unidos y cómo dio origen a una nueva vida gracias a la ley de identidad de género: ahora tiene un DNI que la representa.

A pesar de que cada texto lo rehuya, a veces, habría que conceder algo: los lugares comunes, muchas veces, dejan traslucir una verdad. Aquí, cada unx de estxs migrantxs encontró, en su relato de vida, ante cada crisis, una oportunidad.

# LA EPOPEYA ANDINA



texto

**GUILLERMO CAPOYA**

arte

**JUAN FUJI**

**19**



**En junio de 1915 siete japoneses cruzaron la cordillera a pie y a mula. Uno de ellos era Yuken Higa. Años después, ya instalado en Santa Fe, fundó un bar icónico de la ciudad: el Tokio Norte. Guillermo Capoya reconstruye su travesía y la experiencia de un grupo con una historia centenaria.**



Cuando el barco partió de la Isla de Okinawa rumbo a Lima, Perú, Yuken Higa pensó que los dos meses en alta mar serían el mayor desafío de su viaje. Nunca, jamás, imaginó que cruzar el océano Pacífico sería sólo el comienzo. Mucho menos pudo sospechar que un junio de 1915, con temperaturas bajo cero, atravesaría la cordillera de Los Andes para ingresar a un país del cual se iría unos años después y al que, finalmente, volvería con su esposa y dos hijas para instalarse en Santa Fe y ser, durante el resto de su vida, el dueño del centenario Bar Tokio Norte.

Amelia, la mayor de sus hijas, se enteró por casualidad de la historia de su padre. No recuerda bien ni quién le mostró un papel que acrecentó aún más la figura de Yuken. En letras de molde figuraba su nombre y su apellido y, a la derecha, una foto sepia donde el blanco de la cordillera hacía parecer diminuto al aventurero. El resto de la historia es conocida como la “Epopéya de Los Andes”.

Según datos del Archivo Histórico de la Colectividad Japonesa, en junio de 1915 siete japoneses cruzaron la cordillera a pie y a mula. Uno de ellos, claro, era Yuken Higa. Un mes después lo hizo otro grupo de dieciséis connacionales. Y tres años más tarde, en 1918, hizo la travesía otro migrante japonés, esta vez, en solitario. De esas veinticuatro personas, dos fueron mujeres.

En todos los casos habían dejado atrás las plantaciones de caña de azúcar del Perú. Las condiciones laborales no eran las acordadas. Cuando decidieron irse de Perú tenían sólo un par de certezas. La primera: debían cruzar a Chile porque desde Valparaíso partía un tren rumbo a Mendoza, Argentina. La segunda: en ese paso fronterizo el control de pasaportes no era habitual.

Para Yuken y los otros quince viajantes el invierno de 1915 fue cruento y traicionero. A poco de salir de Valparaíso y de andar en paralelo al río Aconcagua, el Tren Trasandino detuvo su marcha por la acumulación de hielo sobre las vías. Estaban a 80 kilómetros de Caracoles, el límite fronterizo con Argentina.

Las clases aceleradas de español que Honda San y Sadao Hattori, dos de los siete pasajeros japoneses que viajaban en el tren, habían tomado en la Escuela de Lenguas Extranjeras de Tokio no sirvieron de mucho. Los encargados del Ferrocarril Trasandino no podían o no querían entenderlos. Sólo comprendieron que el tren llegaría hasta ese pequeño poblado llamado Los Andes.

No tenían forma de volver, pero tampoco podían quedarse a esperar ahí. Sólo les quedaba avanzar. Al bajar del vagón, sus zapatos de cuero se hundieron en la nieve espesa, y las medias de nylon y los pantalones de los elegantes trajes que lucían se empaparon de inmediato.

Desconocían la ruta y hacia dónde debían caminar. Tuvieron suerte cuando un grupo de baquianos se acercó curioso. Esa curiosidad mutó en interés cuando Sadao Hattori sacó de su haramaki -una especie de faja que cubre el estómago- las libras esterlinas de oro que atesoraba como salvoconducto. Ahí sí: a los guías chilenos se les iluminó el rostro.

Con parte de ese dinero pagó la guía por el resto del grupo. Otra parte de las monedas de oro las usó para comprar salame, pan, agua y adecuar unas maderas curvas con unos cueros de oveja que sirvieron para caminar hasta las cumbres superiores, a 4000 metros de altura. Pero para hacer cima todavía faltaba mucho.

Antes de empezar a andar tuvieron que reducir el equipaje a la mitad. En algún rincón de la cordillera, quizás, aún estén los libros, recuerdos y obsequios que sus familiares les dieron antes de zarpar de Japón en busca de una nueva vida.

Durante horas caminaron a ciegas. Sólo seguían a los guías que, de tanto en tanto, exigían más libras bajo la amenaza de dejarlos en el medio de ese paisaje blanco, de ese viento helado, de esa noche que empezaba a avanzar. Cuando llegaron a Caracoles, en el lado chileno de la frontera, la nevada arreciaba. El piso de tierra de una especie de pulpería fue lo mejor que encontraron para descansar y refugiarse de las temperaturas bajo cero. Yuko y sus compañeros se mantuvieron casi pegados para darse calor. Sus abrigos intentaron aislar sin éxito la tierra helada, y unas pieles que repartió el dueño del local cubrieron sus cuerpos.

Durmieron algunas horas hasta que el líder de los guías los despertó abruptamente. Salieron de noche para aprovechar el tiempo. El grupo era una larga fila de personas siguiendo las huellas que dejaba el compañero de adelante a lo largo de un camino que se volvía cada vez más accidentado y peligroso. El frío les tajeaba la piel.

Debían ascender en zigzag. El desaliento se volvió montaña: cada cima alcanzada era en realidad una gran bajada que anticipaba una pared más grande, más desafiante, más imposible. A 4000 metros de

altura sobre el nivel del mar, a Yuken le dolía respirar. Durante horas sólo pensó en seguir caminando hasta que sus ojos, dañados por el reflejo del sol sobre la nieve, vieron que delante no tenía más montañas. Había hecho cima.

Al bajar hasta el Cristo Redentor retrataron en una instantánea ese momento vital. Luego quedaba descender hasta Las Cuevas, a 3.557 metros de altura sobre el nivel del mar. En ese pequeño poblado tuvieron el primer contacto con un café argentino, que acompañaron con bizcochos. El último trago les hizo tomar conciencia de la travesía que habían logrado.

### **De las plantaciones a los bares**

Hasta 1961, Japón no tuvo programa oficial ni tratados de migración con Argentina. Los integrantes de la “Epopéya de Los Andes” que llegaron al país lo hicieron por cadenas migratorias, por llamado de familiares y amigos. Con otros países latinoamericanos como Perú y Brasil, en cambio, sí hubo convenios migratorios. Necesitaban mano de obra para las plantaciones -azúcar en el caso de Perú, café en el de Brasil-.

En Perú las condiciones de trabajo y vida en las plantaciones no eran buenas y por eso buscaron un futuro mejor. La migración que llegó a la Argentina no se instaló en el campo, sino en la ciudad. En los primeros tiempos, al igual que los europeos, se ocuparon en el puerto y en las fábricas de los barrios del sur de Buenos Aires: La Boca y Barracas. Y en Avellaneda, donde trabajaron en frigoríficos y fábricas metalúrgicas.

Luego, como personal doméstico, consiguieron trabajos con mejores sueldos. Y de allí pasaron a cumplir extensas jornadas en tintorerías, bares y cafés: como empleados, luego administradores y en algunos casos, como el de Yuken Higa, llegaron a ser propietarios.

Después de varios años de esfuerzo y trabajo a destajo, Tokio Norte se transformó en parte esencial de la cultura argentina. El escritor santafesino Juan José Saer fue un habitué de ese café rodeado por mesas de billares. Al ingresar al centenario bar, en un cuadro se puede observar al personaje de Cicatrices con un taco en la mano y a punto de golpear la bola blanca: “Hay esa porquería de luz de junio, mala, entrando por la vidriera. Estoy inclinado sobre la mesa, haciendo deslizar el taco, listo para tirar”.

# ANUSH TODAVÍA NO CONOCE EL MAR





texto

**CONSTANZA DI PRIMIO**

arte

**GASTÓN GONZÁLEZ**

**25**



**Ruzana, Narek y su hija Anush llegaron a la Argentina escapando de la persecución en Armenia. Constanza los conoció durante la pandemia, mientras buscaban ser reconocidos como refugiados. La distancia cultural, el idioma y la lejanía virtual se acortaron cuando Anush, con absoluta solemnidad, le regaló el título de abuela.**



Peter Sloterdijk, un filósofo alemán nacido en el siglo XX, dice que el inicio de todas las historias de vida comienza con la ausencia de su protagonista; o al menos con la ausencia del recuerdo de haber estado presente en ese instante.

“Llegamos a la vida con el primer acto empezado”, explica. Somos nosotros mismos desde la historia que recibimos, y de aquellos que nos acogieron. Vamos descubriendo nuestro origen y construyendo nuestra identidad.

Cuando Anush llegó a mi vida -o yo llegué a la de ella- nuestra historia transcurría de maneras muy diferentes, tan distantes y diversas que era imposible imaginarnos en una escena común. El 20 de marzo de 2020 llegó para ambas la pandemia del Covid-19, como una amenaza incierta.

Anush y yo, cada una desde su lugar, fuimos sumergidas junto a millones de argentinos en un mar de vulnerabilidad que sepultaba los abrazos, sin distinción de edad, religión, raza, nacionalidad o condición social. Ser detectado positivo dejaba de ser una cualidad para convertirse, irónicamente, en un resultado dramático.

La mochila rosa que Anush había comenzado a llevar a su tan ansiado primer grado en la Escuela Tomasa de la Quintana quedó solitaria en el rincón de un monoambiente de la Avda. Corrientes. Allí vivía ella, con su papá Narek y su mamá Ruzana, embarazada de siete meses. Un lugar minúsculo, con poca ventilación y escasa luz, que durante muchos meses se convirtió también en escuela, hospital, taller de costura y plaza.

Llámesese casualidad o providencia divina, durante esas semanas agobiantes el mismo virus que se imponía como el mayor enemigo de la sociedad del siglo XXI se convirtió para Anush y para mí en un aliado inesperado. La pandemia hizo posible que nuestras vidas se entrelazaran en un acto original y fundante, que nos constituyó como nieta y abuela para siempre.

\*\*\*

Anush tiene una voz dulce, es inquieta y creativa. Llegó a la Argentina a los tres años, pero es capaz de describir con precisión algunos rincones de su querido Erevan, como si nunca se hubiera alejado de su tierra. Tiene un paladar delicado, disfruta el sabor de una buena sopa

armenia y se queja cuando la comida que sirve su madre se parece más a un potaje ruso, sin condimentos. Habla armenio y español con fluidez, también un poco de ruso. Le fascina cantar boleros.

En los días de nostalgia, cuando ve que su madre Ruzana lagrimea al terminar una videollamada con su familia, Anush transforma cualquier objeto en micrófono y canta su bolero preferido, como si cantara un poco de su historia, y de tantos corazones que están lejos de su hogar.

*Ya no estás más a mi lado corazón  
en el "arma" solo tengo soledad  
y si ya no puedo verte  
¿por qué Dios me hizo quererte  
para hacerme sufrir más?  
Es la historia de un amor como no hay otro igual.*

Quiero saber. Necesito saber cuál es ese amor inigualable que parece embargar a Anush cuando canta. Su madre me responde sin dudar: es Armenia. Porque para los armenios la tierra lo es todo: gozo y dolor, amor y sufrimiento. Mientras charlamos Ruzana me ofrece café y manzana, naranja y banana, cortadas en rodajas; un maridaje impenso para mí. La infusión con frutas es una costumbre bien armenia y Anush me explica cómo comerlas.

Ruzana cuenta con orgullo que esas tacitas negras, con arabescos dorados, las trajo muy bien envueltas desde la casa de su madre. Miro sus ojos e intuyo que cada taza encierra lejanas noches de intimidad familiar, risas y recuerdos que ahora le hacen tanta falta. El café es fuerte y me infunde un cierto coraje para preguntar: ¿cómo se explica a una niña tan pequeña un cambio tan grande? ¿cómo se la prepara para despedirse de un tipo de vida, sin fecha de reencuentro?

Los ojos color miel de Ruzana se enrojecen. Se queda en silencio. Después cuenta que Anush intuía que esa travesía, a la que titularon "vacaciones", era diferente y los días previos al viaje sostenía una sabia resistencia al futuro. No quería soltarse de su tía Anush, hermana mayor de su padre, e inspiración para su nombre. A los tres años, apenas balbuceando el armenio, no consentía esas vacaciones, a las que sólo irían ellos tres.

El secreto fue hablarle sobre el mar. Su familia le contó que en Argentina había un inmenso mar que jamás podría ver en Armenia. Con la

creatividad propia del amor, le describieron la fuerza de las olas, la arena inmensa, como si las conocieran. El relato de tantas historias saladas conquistaron el corazón de Anush y le sembraron la intriga por ese mar que ya sentía que la esperaba.

El 13 de junio de 2017, después de más de 14 horas de vuelo, el avión que los traía llegó a Ezeiza. Anush todavía no conoce el mar.

En dos viejas valijas prestadas, Ruzana, Narek y Anush cargaron su hogar y sus miedos. Trajeron en sus objetos un pasado y un proyecto de familia, guardaron en el corazón el deseo de una Armenia libre y soberana, y arrastraron en todo el cuerpo el temor enloquecido de ser perseguidos: Narek, en Erevan, llevaba meses de esconderse. De distintas maneras sufrió intimidaciones, fue perseguido por las calles, incluso allanaron la casa de sus padres. También Ruzana había sido requisada en la calle mientras regresaba a su casa con Anush.

El cúmulo de sucesos, y la triste suerte que habían corrido otros amigos, puso en alerta a toda la familia, al punto que decidieron vender las pocas joyas y muebles y comprar tres pasajes de avión para escapar a la Argentina. Nuestro país era famoso en la comunidad como destino elegido por miles de armenios a lo largo de todos los tiempos.

El paso por Migraciones marcó el instante en que empezaron una vida nueva.

La adversidad del idioma fue la primera ola imponente de ese mar de cambios que enfrentaron al llegar. Para su suerte, en el mismo avión viajaba una pareja armenia radicada hace años en Argentina, que se ofreció como improvisados traductores. Y los llevaron a un hotel barato que conocían en el microcentro, donde estuvieron una semana.

Aquel 13 de junio de 2017 fue en uno de los días más significativos de la infancia de Anush: de un día para otro se convirtió en una niña solicitante de refugio en Argentina. Esa noche, su querida Armenia y el mar argentino con el que soñaba se parecieron: ambos estaban muy lejos.

\*\*\*

Hoy Anush tiene seis años. Lleva la mitad de su vida esperando la resolución del expediente que le concederá, o no, la condición de refugiada. Ella sabe que sirve “a papá para trabajar, a mamá para que vea

a un doctor y a ella para ingresar a la escuela”. Así, con mayor o menor detalle, se lo explica su madre y eso le basta.

Pero hay mucho más en ese papel. Para Narek expresa la necesidad de que su temor fundado de ser perseguido por fin sea reconocido por alguien; que ese alguien valide todo ese miedo abrasador de perder la vida que le sigue quemando por dentro. Narek, como millones de personas que solicitan asilo, busca mucho más que recibir protección internacional. Para él, ese estatus jurídico representa que esta vez sean otros quienes se pronuncien frente a esta realidad de profundo dolor, contra la constante vulneración de derechos y las eternas injusticias. Representa el reconocimiento de esa falta de libertad que quiso cambiar hasta el punto de tener que huir de su propia tierra.

Narek sabe en el corazón que ser reconocido como refugiado nunca representará una victoria. Más bien, será el certificado del fracaso patente de una humanidad egoísta, en la que algunas vidas están por demás aseguradas y otras no.

La espera es interminable. Mientras, Anush, como siempre, busca el lado positivo de las cosas y vive como un atractivo paseo trimestral el rito de concurrir, con su familia, al edificio donde funciona la Co.Na.Re (Comisión Nacional para los Refugiados), en la calle Hipólito Yrigoyen 952. La cuarentena obligatoria también la privó de esta rutina: la Co.Na.Re implementó un sistema de atención online. Ya no hay paseo, ni escalera, ni dibujos, ni picnic. La vida solo sucede dentro de casa.

Narek y Ruzana atraviesan, una vez más, un túnel de incertidumbre. Narek fue despedido del trabajo a inicios de la cuarentena y Ruzana convive con su lupus y un embarazo de riesgo. Se acumulan las deudas, las preocupaciones y la tristeza, al mismo ritmo que la vida crece en su vientre.

\*\*\*

El trabajo de orientar jurídicamente a migrantes o refugiados siempre resulta desafiante y complejo pero este año se volvió más arduo. Las fronteras están legalmente cerradas, aunque en los hechos estén abiertas ya que la gente se sigue desplazando porque necesita hacerlo; es su derecho tener un suelo que les dé paz. La mayoría llega por tierra, luego de pasar, en promedio, más de sesenta días caminando.

En mi casa se reciben donaciones de alimentos, preparo cajas para

paliar en algo la emergencia de muchas familias de migrantes o refugiados sin trabajo.

Abro el Excel de “Alimentos Migrantes/Refugiados” y encuentro una larga lista de solicitudes de asistencia alimentaria. En la fila 44 del Excel encuentro: Ruzana (25) lupus y embarazo de riesgo, Narek (40) desempleado, Anush (6) primer grado sin conectividad. Armenios. Alimentos y orientación legal urgente.

\*\*\*

Llamo a Ruzana para decirle lo que ya sabe: su solicitud de refugio sigue pendiente. En pandemia los Comisionados de la Co.Na.Re no se están reuniendo y el tratamiento de casos no permite virtualidad. No hay nada que podamos hacer. Ella escucha, no se queja, no reclama, no llora. Lleva tres años de inexplicable espera. No sé qué más decirle, pero siento que no quiero cortar bruscamente y le pregunto por la fecha del parto, y si tiene cosas básicas para recibir al bebé. Además, hoy es su cumpleaños. De pronto, irrumpe la vocecita de una niña en armenio. Es Anush, le está preguntando cómo me llamo y si voy a ir a su cumpleaños. La saludo con un “Hola Anush” y le mando un beso.

La conversación queda grabada en mi mente. Así que al día siguiente, aunque no tengo nada legal para decirle, chateamos un rato con Ruzana, solo para saber cómo está. El diálogo fluye y se entremezcla con la voz melodiosa de Anush. Yo intuyo enseguida que es una niña especial y hermosa.

Nos empezamos a comunicar día tras día. En cada diálogo vamos derribando, entre las dos, esa frontera del encierro que nos ahoga de maneras distintas. Anush siempre tiene algo para contarme.

Llega la fecha del parto. Conversamos temprano y casi divertida me cuenta que Anush quiere conocerme y ver mi cara antes de que nazca el bebé. Me saco una muy mala selfie que me muestra ojerosa y cansada. Le envió la foto con un breve audio:

–Hola Anush, ¡espero que no te asustes!

Su respuesta demora unos minutos, pero enseguida me llega un audio en perfecto español:

–¡Hola Abu, cómo estás, qué linda! ¿Cuándo vas a venir? Te amo mucho.

Con la magnitud de su inocencia y este apócope “abu”, ella, que lleva años esperando por un papel, me regaló el título de abuela con absoluta solemnidad y se autoproclamó mi nieta. Anush me otorgó una visa sin vencimiento para ingresar en la tierra sagrada de su familia y de su país.

\*\*\*

Al cierre de esta crónica, Ruzana, Narek y Anush recibieron el reconocimiento de su condición de refugiados. Están muy contentos porque Sogomon, ese bebé que desde el vientre aprendió también a atravesar fronteras, no tendrá que transitar por tan largo calvario. Sogomon nació en la Argentina y ya tiene su DNI.

Hoy nos visitamos con frecuencia. El amor camina por nuestras vidas mientras intento ser una buena abuela.

Cada vez que voy a su casa me espera el café con frutas y cuando la esperanza empieza a diluirse, Anush canta:

*Ya no estás más a mi lado corazón  
en el “arma” solo tengo soledad  
y si ya no puedo verte  
¿por qué Dios me hizo quererte  
para hacerme sufrir más?  
Es la historia de un amor como no hay otro igual.*





# HABLO TRES IDIOMAS, ESCRIBO EN DOS, SUEÑO EN UNO



texto

**MARÍA DOLORES ERREA**

arte

**SEBASTIÁN DANA**

**35**



**Para Gowtham practicar una militancia comunista y tener aspiraciones de CEO no se excluyen. Nació en Tamil Nadu, un estado del sur de la India afectado por la política nacionalista del primer ministro Nahendra Modi. Llegó a Argentina con la idea de tener una corta estancia laboral y se quedó tres años. Hoy, busca su destino en Estados Unidos. La historia de un ingeniero especializado en el Che Guevara que decidió perseguir el sueño americano.**



El 29 de noviembre de 2018 llegaron a Buenos Aires líderes políticos de todo el mundo para participar de la Cumbre del G20. Uno de ellos fue homenajeado por la fundación “El Arte de Vivir”: Nahendra Modi, el primer ministro de la India que, por primera vez, pisaba suelo porteño.

Ese jueves, en el predio de La Rural, y luego de ser presentado como “Un meditador, un yogui y una persona de gran profundidad espiritual”, el primer ministro hindú tomó el micrófono:

–Si nuestra mente está en paz, habrá paz en la familia, la sociedad, el país y el mundo.

Al instante las seis mil personas que participaban del encuentro entonaron a coro “Om”. De todas ellas la mayoría eran argentinas, entusiastas de la meditación y el yoga. Aunque algunos residentes indios también estuvieron presentes, muchos otros no asistieron en señal de rechazo a Modi como líder.

Uno de ellos era Gothwam, un joven, de profesión informático, muy crítico del primer ministro, entre otras cosas, por su política de imposición del hindi como idioma nacional, incluso en aquellos estados provinciales en los que no es lengua nativa ni predominante. Gowtham porta orgulloso su lengua madre, el tamil, una de las más antiguas del mundo que aún permanece viva. El legado cultural de los tamiles se puede rastrear hasta en los habitantes del primer siglo antes de Cristo.

El día en que Modi se presentó en La Rural, Gowthaman ya llevaba dos años viviendo en Buenos Aires. Antes lo habían relocalizado en otros países por motivos laborales, pero esta era la primera vez que su carrera de informático lo llevaba a un nuevo continente. A nivel mundial India tiene una de las mayores poblaciones migrantes viviendo fuera de sus fronteras nacionales, y es el primer exportador de servicios de informática.

Gowtham dejó su hogar en Thanjavur por primera vez cuando terminó la secundaria. Su primer destino fue Chennai, la capital provincial de Tamil Nadu, en el extremo sur del subcontinente indio. Allí estudió y se graduó como informático. Aunque ávido lector y apasionado por la historia, su facilidad para las operaciones matemáticas y las oportunidades laborales que prometía este campo lo llevaron a anotarse en ingeniería. “*I want to become CEO of Google*”, confiesa. Sundar Pichai, a quien admira, es también originario de Tamil Nadu y es el actual CEO de esa transnacional.

En Chennai vivió el contraste entre la ruralidad y una gran urbe. Si Chennai es una ciudad en la cual predominan las industrias de servicios, en el resto de Tamil Nadu buena parte de la población se emplea en la actividad agrícola. En Thanjavur, la familia de Gowtham se sustentaba -y se sustenta hoy- gracias a filas de árboles de cocos y mangos cultivados orgánicamente. Hubo, y todavía hay, temporadas en las que ese sustento merma. Durante su juventud, vivenciar los esfuerzos de sus padres por atravesar los períodos de sequía, pero sobre todo por lidiar con la desregularización de la actividad agrícola, lo llevaron a buscar personas que enfrentaran sus mismas situaciones. Halló a esos pares en la militancia dentro del Partido Comunista. Hoy, años después de graduarse y de formar sus posiciones políticas, para Gowtham la militancia comunista y las aspiraciones de CEO no se excluyen.

\*\*\*

A mediados de 1959, pocos meses después de que el Ejército Rebelde ingresara victorioso a Santiago de Cuba y Fulgencio Batista huyera hacia Estados Unidos, el Che Guevara visitó la India. Para ese momento, ni la mamá de Gowtham había nacido. Él conoció la historia del Che y de la Revolución Cubana gracias a sus compañeros del Partido Comunista de Tamil Nadu.

Por eso, cuando le avisaron en 2016 que debería mudarse a 15 mil kilómetros de su hogar, tuvo dos certezas: que iría a la patria del Che y que enfrentaría el desafío del idioma español.

Asentado en Buenos Aires, dependiendo las circunstancias, Gowtham aprendió a intercambiar el “**வாங்க வாங்க** (Vaanga, vaanga)”; el “Hi, how are you?” y el “Hola, ¿cómo estás?”. El tamil – o tamizh si respetamos la fonética de la lengua- estaba reservado para comunicarse con los amigos que provenían del mismo estado del sur de la India.

En el ámbito laboral, cuando debía comunicarse con sus superiores, colegas y clientes, usaba el inglés. Legado del colonialismo británico en el subcontinente asiático, el inglés se impuso en India como idioma oficial y dominante en los ámbitos gubernamental, de la educación superior y en el ámbito corporativo. Aprenderlo antes de ingresar a la universidad no fue tarea sencilla. En una sociedad que tiene estructuras desiguales legitimadas por la tradición – casta, clase y religión son determinantes- acceder a clases de inglés es difícil.

Incluso antes de saber que alguna vez conviviría con hispanohablantes aprendió “un poquito de español”, pero nunca llegó a poder leerlo. Tuvo como instructores a sus primos menores, que vivían en Estados Unidos y que, en la escuela, lo estudiaban como segundo idioma. Si bien la mayor concentración de hispanohablantes en suelo norteamericano se encuentra en las regiones que fueron colonias españolas del sur y suroeste (Nuevo México, California, Texas y Arizona), hoy más del 6% de los habitantes de Alaska también lo habla.

Gowtham suponía que su estadía en Argentina no sería tan prolongada. Duró tres años. Quería migrar a Estados Unidos pero a comienzos de 2017 Donald Trump ganó las elecciones presidenciales y, aunque no logró construir el muro que había prometido en campaña, sí impuso barreras burocráticas y obstáculos jurídicos a la migración.

Las chances de Gowtham se demoraron. En aquella época su mamá lo animaba: “reza a nuestro Lord Murugan”, le decía. Lord Murugan es, al igual que Ganesha, hijo de Shiva, sólo que no alcanzó la popularidad del dios cabeza de elefante, al menos no en aquellos lugares en los que no predomina la población tamil. Si bien Gowtham sigue los preceptos marxistas, por respeto a las instrucciones de sus padres llevaba siempre consigo la imagen del Dios de la Guerra y Patrón de Tamil Nadu.

\*\*\*

Después de las palabras de Modi, aquella noche del 29 de noviembre la cantante Patricia Sosa subió al escenario. Antes de cantar, pidió a las seis mil personas que levantarán las manos. Luego le dedicó al primer ministro su canción “La verdad y el amor”:

*“Contagiar la fe a quién no puede ver.  
Levantando al que se cae, enseñando al que no sabe...  
Gritaré, aunque el idioma no entiendas,  
Te amaré y entenderás mi canción.”*

Convencido de que por medio de técnicas de respiración para “todo público” es posible romper los ciclos de violencia de la sociedad, Modi instauró el Día Internacional del Yoga ante las Naciones Unidas. Sin embargo, en su país el primer ministro es reconocido por llevar adelante políticas abiertamente discriminatorias contra las minorías étnicas, lingüísticas y religiosas.

En Thanjavur, cuando la mamá de Gowtham tiene que usar un cajero automático, sigue las instrucciones que se leen en la pantalla en idioma inglés; su hijo le ayuda a interpretarlas a la distancia. Las que se visualizan en hindi, y que reemplazaron las del tamil, no las comprende.

\*\*\*

En 2021 Gowtham obtuvo la visa de trabajo “H1B” e ingresó a los Estados Unidos como “mano de obra calificada”. Él, invocando a la poeta india Kamala Das, se autodefine:

*“I am Indian, very Brown, born in Malabar.  
I speak three languages,  
write in two, dream in one.”*





# MEMORIAS DE UN MILITANTE POR LOS DERECHOS DEL PUEBLO



texto

**FLORENCIA QUERCETTI**

arte

**ANTONELLA MALACHITE**

**43**



**Después de los Acuerdos de Paz, Christian tuvo que huir de Colombia. Como defensor de los derechos humanos, fue perseguido y amenazado allí donde vivía en su país: en Barranquilla o en Cúcuta. Historia de un hombre que abrazó la religión y la causa por los pobres y hoy intenta escribir sus memorias a más de siete mil kilómetros de su hogar.**



El rezo daba comienzo al día en el ranchito de adobe y madera en las afueras de Barranquilla donde Christian oficiaba como superior. Al amanecer, el aire caliente parecía levantar el polvo de las calles. Cuando terminaban, los cuatro frailes se turnaban para darse un baño, poner el café y hacer la limpieza del lugar. Las puertas abiertas invitaban a que la gente se acercara a compartir la oración. Rara vez usaba Christian la característica túnica marrón. No le gustaba, sentía que eso lo separaba del pueblo. Las ollas populares, el apoyo a mujeres viudas víctimas de la guerra y las tareas de alfabetización completaban el sentido por el que había ingresado a la misión. La zona había recibido muchas personas desplazadas forzosamente por la violencia, por masacres.

–¿Esta es la casa de los curas? –le preguntó esa mañana un hombre, y puso entre sus manos una nota de papel antes de desaparecer en una moto.

Con perfectos errores de ortografía, exponía todo tipo de insultos y amenazas de muerte. Firmaba “Águilas Negras”, el nombre de un grupo paramilitar asociado al narcotráfico. El mismo hombre se presentó días después en el descampado donde se oficiaba la misa. Frente a sus ojos y de espaldas a los fieles, llevó su mano a la cintura haciendo entrever un arma. No la sacó, pero para Christian fue suficiente.

Esa misma tarde consiguió refugio en un campo cercano. Allí estuvo escondido varios días. Una noche se escuchó el sonido de un disparo. “¡Bala!”, se dijo, “La conozco bien”. Una réplica y cinco disparos más. Después oyó gritos y vio a un peón que asistía al guardia de la finca herido de muerte. De alguna manera se había filtrado su ubicación. Pronto tuvo que partir hacia Copacabana, su pueblo natal en las afueras de Medellín, donde sus padres –ajenos a lo que sucedía en Barranquilla– recibían extorsiones telefónicas.

Sólo unos días antes habían conmemorado frente al mar a la figura de su referente Camilo Torres –sacerdote, sociólogo, revolucionario y guerrillero; y uno de los principales exponentes de la Teología de la Liberación– a cincuenta años de su ejecución.

\*\*\*

El pueblo colombiano lleva sesenta años de sufrir un conflicto interno armado e innumerables violaciones a los derechos humanos. Sólo por mencionar algunos hechos documentados, la Comisión Intera-

americana de Derechos Humanos (CIDH) verificó que las denominadas Autodefensas Unidas de Colombia –un movimiento de grupos paramilitares que se aunaron a fines de la década del noventa con el objetivo combatir la guerrilla– cometieron crímenes de lesa humanidad. Funcionando junto a las fuerzas públicas de seguridad y en complicidad con algunos sectores políticos y económicos, son responsables de perpetuar masacres, de la desaparición de miles de personas, del desplazamiento de poblaciones enteras y del robo de sus tierras. Asesinaron a líderes y lideresas de movimientos de izquierda, indígenas y sociales. Colombia tenía ya a fines de 2020 el número más alto de personas desplazadas internas del mundo.

\*\*\*

Pasaron dos años desde la huida de Christian de Barranquilla. Ni siquiera cuando le tocó hacer el retiro de cuerpos después de una masacre en la selva –porque del Estado, allí, ni noticias– Christian había llorado así. Para eso los formaban, para ser fuertes. Pero dejar la orden era una decisión muy difícil. Christian tipeó una carta dirigida al Papa Francisco en la que explicaba los motivos de su desencanto y, con visceral solemnidad, solicitaba la suspensión de sus funciones.

Cúcuta fue su último lugar de residencia en Colombia y donde –afirma– debería haber nacido su hija. La ciudad es la capital del departamento Norte Santander, que linda con la región del Catatumbo: una selva fronteriza con Venezuela donde habitan comunidades campesinas históricamente abandonadas y castigadas por el conflicto armado. Eran los primeros tiempos luego del Acuerdo de Paz y empezaban a emerger de nuevo los movimientos de izquierda, por años silenciados. Toda su fuerza se había volcado hacia la militancia política, el trabajo comunitario mano a mano con líderes y lideresas sociales, la pintura y la escritura periodística para el diario El Espectador, donde –entre otras tareas– cubría el proceso de paz en la región. Pero el clima se fue tornando más y más tenso. “Como cuando los leones persiguen a sus presas”, dice. Si no fuera porque en su estudio encontró libros desperdigados y papeles desparramados en el piso, no hubiera advertido que habían entrado a su casa para amedrentarlo. Ni las bicicletas, ni la tablet, ni el dinero que había en uno de los escritorios se habían llevado. Pero el candado del patio trasero estaba forzado.

Esta intimidación no sería la última, y el asesinato de un compañero de militancia en la puerta de la universidad dejó claro que las cosas estaban pasando a otro nivel. “En el primer caso, habíamos asumido

lo que implica la militancia en Colombia”, dice en perfecto paisa. Pero la inminente llegada de su hija – hoy de tres años y medio – lo cambiaba todo. En 2018 Christian y su compañera decidieron venirse para Argentina. Unos meses después de su partida, el relator oficial de la ONU Michel Forst visitó Colombia. El informe que elevó al Consejo de Derechos Humanos concluyó que la mayoría de las personas defensoras de derechos en ese país no pueden hacerlo de manera segura. Una de ellas era él.

\*\*\*

Ya pasaron cinco años desde la puesta en vigor del Acuerdo de paz entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP), celebrado en La Habana, Cuba. Desde entonces se registra un aumento de asesinatos de activistas: doscientos ochenta y nueve excombatientes y mil doscientos treinta y nueve líderes y lideresas sociales y personas defensoras de derechos humanos (según datos del Centro de Investigación y Educación Popular CINEP/PPP). El incumplimiento de buena parte de los acuerdos podría explicar el pico de la violencia actual. Según Amnistía Internacional, en 2020 los homicidios alcanzaron cifras estremecedoras y las personas más afectadas son aquellas que defienden los territorios más ricos en recursos naturales del país. Además, las fuerzas de seguridad del estado continuaron llevando a cabo campañas difamatorias y de vigilancia ilegal en contra de las personas defensoras de derechos humanos, situación que también alcanza a periodistas y personas opositoras al gobierno.

\*\*\*

Christian nació en 1988. De la Copacabana de su infancia recuerda la plaza principal, la iglesia y detrás, una calle cuesta arriba con pequeñas fincas que conducía a su casa natal de tejas coloniales frente al convento antiguo. Tregar los árboles, los rezos cada noche, las partidas de ajedrez, la guerra de los yacarés y leer otros Cuentos de la selva de Horacio Quiroga. En su infancia escuchó por primera vez los versos de Aníbal Troilo, Alfredo De Angelis y el Polaco Goyeneche. Fue de boca de su abuela, que cantaba el tango como ninguna. Ella había trabajado en su juventud para el tradicional Hotel Nutibara de Medellín, donde solía alojarse Carlos Gardel.

Lo que Christian no recuerda, pero conoce bien, es que el año siguiente a su nacimiento fue uno de los más violentos de la historia recién-

te de Colombia. Un avión de Avianca explotó por los aires con ciento diez pasajeros, y el candidato a presidente favorito Luis Carlos Galán -que venía denunciando el avance de la narco-política- fue acribillado por sicarios de sombrero blanco en medio de un acto político que no contó con la seguridad prevista. “Hay tres maneras de hacer las cosas: bien, mal y como las hago yo”, dijo una vez Pablo Escobar. Bombas, ejecuciones y asesinatos a jueces, fiscales y periodistas eran parte de la guerra de terrorismo que había librado el líder del Cartel de Medellín cuando se intentaba lograr su extradición.

La familia de Christian no estuvo exenta de la violencia de la época. La imagen de un hombre ensangrentado y tirado en la calle, con la que varias noches despertó agitado, no era fruto de su imaginación como alguna vez pensó. Su madre lo ayudó a hilar el recuerdo. Se trataba de su tío paterno, aquel hombre que podía pasar horas y horas frente a su tocadiscos escuchando salsa, y que había sido asesinado en la puerta de la salsera de la que era dueño en Medellín, frente a su mujer, por entonces embarazada. Era miembro de la Unión Patriótica, un movimiento político de izquierda y pacifista cuyos integrantes fueron víctimas de un ataque generalizado y un exterminio sistemático durante veinte años, desde su creación en la década del 80. Estos delitos cometidos por grupos paramilitares y narcotraficantes con participación de las fuerzas públicas de seguridad, fueron calificados en 2013 como crímenes de lesa humanidad y crímenes de guerra por la Fiscalía General de la Nación colombiana, por lo que muchos de ellos continúan hoy en investigación.

La rigurosa formación académica, la adrenalina de la misión y su espiritualidad deben haberse conjugado en la elección de ingresar a la orden franciscana, piensa Christian hoy. Aún adolescente, conoció a unos frailes que vivían en los mismos barrios que la gente. Uno de ellos lo había conmovido particularmente: para ganarse el mango salía a las calles a lustrar zapatos sin que nadie sospechara que se trataba de él. Algo de ello lo inspiró para sumarse a la misión de la orden cuando tenía dieciséis años. Otros dos amigos, en cambio, optaron por la guerrilla. Luego del Acuerdo de Paz los buscó. Pero nada, ya no estaban vivos.

\*\*\*

-Cuando te vas, te cargas todo acá -dice dándose un golpe seco en el pecho, la mirada perdida en un punto fijo-. Y sobre todo acá- completa poniendo tres palmadas en su espalda alta. Llovía en el barrio



de Monserrat, y en la cocina de la Basílica de San Francisco se preparaban las raciones de comida para la gente que estaba por llegar. Allí trabaja junto a un buen amigo de los tiempos en los que era Secretario de Justicia y Paz y tenía el mandato de velar por el compromiso social y político de la orden. Ahora, en Argentina, combina estudios de posgrado en Filosofía con la literatura. Esa tarde me contó de sus intentos por escribir una novela sobre el horror en Colombia. En ocasiones lo frenaba la angustia. Otras, terminaba borracho escuchando vallenato a la madrugada. Veintinueve días le llevó escribir *Exiliados*: una noche en Buenos Aires, la novela sobre la recuperación histórica de los derechos humanos en la Argentina que está pronta a publicarse en la editorial Escarabajo.

\*\*\*

—Con Colombia, me agarra el para qué.

---

\* *La migración de personas colombianas en Argentina creció considerablemente en las últimas décadas y las motivaciones políticas producto de la violencia son una de las cuatro principales causas, según documenta un informe de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).*

# COSECHERA



texto

arte

51

**MACARENA MERCADO MOTT GASTÓN GONZÁLEZ**



**Las manos de Griselda están curtidas por las tareas en el yerbatal misionero. Su familia llegó de Brasil y Paraguay para trabajar en las plantaciones de las afueras de Oberá, una ciudad en la que conviven quince colectividades y donde en 1936 la policía masacró a cuatro colonos migrantes. Poco antes de cumplir treinta, entendió que la zafra no es herencia ni destino.**



En Oberá, una ciudad misionera fundada en 1928, se celebra hace más de 40 años la Fiesta Nacional del Inmigrante. Allí conviven alrededor de quince colectividades, más de veinte templos y un Parque de las nacionalidades como símbolo de encuentro. En las afueras, los campos están regados de plantaciones de yerba mate, tabaco, té y madera para el mercado interno y externo. Sus paisajes ondulados se componen de pájaros y reptiles, arroyos, cascadas y vegetación, y por eso la llaman “La Capital del Monte”.

A unos cuantos kilómetros están las fronteras de Argentina con Brasil y Paraguay. Aunque para uno de esos cultivos, el *ilex paraguariensis*, árbol nativo de la selva paranaense, los límites políticos no existen. La yerba mate crece y se cosecha en los tres países, aunque el 90% de la producción de yerba se concentra en Misiones. El llamado “oro verde” conforma un mercado de trabajo agrario diverso, asalariado y familiar; permanente y transitorio, en el que las manos de varones, mujeres, adultos y niños/as participan de su cosecha cada año, sin distinción de origen ni nacionalidad.

Unas de esas manos pertenecen a Griselda Ferreira. Desde marzo a septiembre se despierta todos los días a las 4 de la mañana. En su casa o en el campamento siempre hay cosas que preparar. Antes de salir a trabajar, busca leña, hace fuego y cocina el desayuno. Después tiende la cama o acomoda la carpa.

Cuando está en su casa prepara los cuatro guardapolvos teñidos con tierra roja. En los campamentos, en cambio, le toca criar a sus hijos en medio de raídos, malezas e insectos. En las zonas rurales los espacios de cuidado son redes que se sostienen entre familias y la comunidad. Cuando esas redes se saturan, no hay opción, parten a la tarea con sus pequeños hijos.

Así circulan ellas, sus hijos e hijas, sus compañeros. Familias enteras que cruzan fronteras nacionales para encontrarse con otras fronteras, aquellas que los y las separan del trabajo digno, registrado, con una remuneración que les permita seguir comprando mandioca, arroz, leche, guardapolvos, yerba para sus propios mates. Después de una jornada de más de 8 horas, a ella le pagan apenas \$3,50 por el kilo de yerba cosechado.

Griselda sueña con conocer Brasil, ese lugar donde hablan la lengua que aprendió en su casa cuando era niña, el portugués, y que, al igual que la tarea, marca su vida. Cualquiera podría pensar que el idioma y

el trabajo forman parte de su herencia, pero Griselda refuta esa teoría: ni ella ni su familia eligieron ese oficio. “En este lugar, las personas que no tienen estudios viven de eso, de la tarefa. Muchos que vienen a Oberá -incluso de otras provincias como Buenos Aires o Santa Fe- y no han estudiado, aprenden este oficio: el de la cosecha de la yerba mate.

Tarefa es tarea en portugués y ha sido el oficio de casi toda la familia de Griselda. Sus bisabuelos llegaron desde Minas Gerais. Ella no sabe muy bien por qué. Murieron antes de que aprendiera a hablar y pudiera preguntarles. Desde Paraguay también llegó otro de sus abuelos, a quien recuerda porque hasta el día en que falleció habló guaraní. Todos tuvieron el mismo destino en la cosecha. Su papá, que hace poco se jubiló, trabajó toda la vida tarefando. Nunca aprendió a leer ni escribir.

Griselda fue muy poco tiempo al colegio. Como el calendario de la tarefa y el escolar coincidían, tuvo que abandonar los juguetes y los cuadernos y cambiarlos por las herramientas de cosecha y las ollas para cocinar. Al igual que su padre, desde niña trabajó en el campo. Se levantaba temprano y caminaba con su mamá siete kilómetros hasta donde estaba el patrón. Ahí no se podía jugar. Fue niña y mamá al mismo tiempo. De sus hermanos, primero, de sus propios hijos después.

\*\*\*

El 2 de octubre de 2000, treinta y tres tareferos salieron temprano desde Oberá a Colonia Aurora subidos en la parte de carga de un camión. A mitad de camino, en el pueblo de 9 de julio, los cambiaron por otro más viejo que no tenía frenos. A los pocos kilómetros el camión descarriló y volcó sobre la Ruta 2, cerca del pasaje de Doradito. El tío de Griselda, José de Olivera, y tres personas más murieron. Hoy se los recuerda como “Los Mártires de Aurora”.

La tragedia, que en realidad fue desidia y abandono, sucedió sesenta y cuatro años después de la Masacre de Oberá. En 1936, mientras trabajadores y colonos rurales del tabaco -la mayoría proveniente de Rusia, Polonia y Ucrania- reclamaban mejores condiciones de trabajo, la policía los emboscó y disparó a quemarropa. Fueron asesinados Nicolás Oyempamchuk, Nicolás Holifarechuk, Iván Melnik y Basilicia Savinski, una niña de 14 años.

En este tiempo las cosas no han cambiado tanto. Las historias de quienes trabajan para que los chimarrão y las guampas se rellenen

por las mañanas siguen siendo amargas. Griselda dice que no olvida: recuerda la masacre y a su tío.

La última vez que trabajó en la zafra fue en julio de 2019. Ese día se levantó a las cuatro de la mañana y preparó su comida y agua. Esperó sola la traffic del patrón que la llevaba al yerbal. Esas últimas hojas que tocó, recuerda, le congelaban las yemas de los dedos, se sentían como hielo. El calendario de cosecha seguía coincidiendo con el escolar, pero esta vez con el de sus hijos. Pensó que si el trabajo no se heredaba, entonces el destino de ellos era una pregunta abierta.

\*\*\*

A los 31 años retomó y terminó la escuela primaria. Dejó la tarea para dedicar más tiempo a sus hijas, a sus estudios y a garantizar que aprendan a leer y a escribir.

-Yo no quiero lo mismo para ellos -dice.

Griselda sueña.

Griselda tampoco olvida.

# CUANDO LOS LADRILLEROS COMPARTEN CON SUS MUERTOS





texto

**NATALIA GROSSENBACHER**

arte

**FEDERICO LENCI**

**57**



**En un predio de 127 hectáreas la colectividad boliviana de Allen se organizó para levantar sus casas y producir sus ladrillos. Dionisia Choque es una de sus referentes. Ella casi no se toma vacaciones: reparte su tiempo entre el horno y el barro, la gestión de las ventas, la compra de aserrín y su tienda. Pero en noviembre guardó dos días para preparar por primera vez la ceremonia del Aya Marcay Quilla para un difunto cercano, su padre.**



Son las cinco de la tarde y el centro de Allen se llena de gente. La tienda de Dionisia Choque es la de color naranja que está frente al correo. No tiene ningún cartel. En la puerta, una hoja escrita con marcador y en letras gruesas, dice “abierto”. En la parte superior de la vidriera permanecen los vinilos de la anterior función del local: “Aguas rionegrinas”. En esta calle hay unos tres o cuatro locales bolivianos por cuadra. Dentro de la tienda de ropa huele a perfume para telas Poett.

–Sí. Yo ya sabía que me estabas buscando para hablar.

Dionisia, contadora pública recibida en la Universidad del Comahue, fue la única de la comunidad que no habló de consultar a la Asociación para darme la entrevista. Sólo mencionó falta de tiempo.

Se mueve con energía y elegancia para atender. Muestra camisetas de Boca, pantalones camuflados, camisas blancas. Va hacia el fondo del local a buscar alguna prenda. Su pelo largo y azabache acompaña los movimientos de su cuerpo. Habla con ganas y con voz suave. La charla se interrumpe cada vez que llega un cliente.

–Papá es el migrante. Nos traía. Una era niña. El ingreso era difícil en su momento. Había que tener suficiente plata, un laburo o algo. Lo único que me acuerdo es que le pedían dinero, pero para mostrar.

Dionisia tenía doce años cuando intentó migrar por primera vez con su familia. En esa oportunidad los Choque no tenían plata para mostrar y tuvo que volver a Yacuiba con su mamá. En la ciudad fronteriza se quedó seis meses y trabajó en una tienda hasta que pudo cruzar a la Argentina. Mientras, su padre y su hermanito, menor de edad, llegaron primeros al Alto Valle para trabajar la cosecha de manzanas. Lograron pasar con plata prestada y simular ser turistas. Era 1995.

Una vez en Río Negro, trabajó junto a su hermano en todo lo que hacían sus padres. Si bien agradecía que su familia hubiera abandonado una vida de pastoreo de animales, no le gustaba el aserrín y la tierra que volaban todo el tiempo en el barrio ladrillero.

Una vez que se establecieron en Allen, el padre de Dionisia emprendió el proyecto del horno propio. A medida que fue creciendo su hija aprendió a hacer ladrillos, a lidiar con el barro, a defenderse de las lluvias. Y también descubrió que las conchillas los destruyen cuando entran en contacto con el fuego. Mucho después vinieron sus proyectos: la tienda y el lavadero de autos.

Casi no conoce el mar. Sólo lo vio desde un camión, una vez que llegó hasta Caleta Olivia a vender ladrillos. No se toma vacaciones: no le gusta estar al sol sólo por estar. Está en contra de los planes sociales porque dice que así la gente no aprende a trabajar y aconseja que lxs hijxs acompañen a sus padres en las tareas de adultxs, como hizo ella, porque se aprende mucho.

\* \* \*

Una antigua casa que fue usada originalmente como negocio de ramos generales hoy es el bar más concurrido de Allen. Su nombre es Aroma Urbano y tiene sonido de ciudad, de roces entre cucharas y tazas, máquinas del café, conversaciones de parroquianos. Dos hombres miran el diario local y opinan sobre las noticias. Pregunto por los hornos ladrilleros.

–¿A quién buscas?¿a Paucara?

–No, a Dionisia.

–¿Una petisita?

Su compañero de mesa lanza su humorada prejuiciosa:

–¿Conocés a algún boliviano alto?

–Hay algunos, eh. Hay algunos -retruca el otro-. La mayoría son chiquitos y retacones, es verdad.

Recibo sus consejos a dos voces:

–Son sumisos, medio reacios a darte información. Pero no, no te van a tratar mal. Es gente que trabaja. Pasa que son reservados, si no vas con alguna referencia, son medio desconfiados.

–Saben que están todos ilegales.

–Claro, aparte, no saben si vos vas de la AFIP escondido, viste. Si vas a comprar, no tenés problema.

–Si vas a hacer una estadística de cuántos ladrillos hacen por día, no te van a dar mucha bola.

–Si vas a preguntar si fulano trabaja acá...

–No, olvidate, tienen todo en negro. Salvo dos o tres hornos. Pero vas ahora y están laburando al rayo del sol.

\*\*\*

El asentamiento de la colectividad boliviana fue creciendo sobre la meseta norte de la ciudad al ritmo en que familias ladrilleras llegaban a Allen. Allí festejan el carnaval cada febrero y la fiesta patria cada agosto. En 2010, conformados en la Asociación Civil Árbol, compraron las 127 hectáreas que hoy ocupan para vivir y producir ladrillos. Al momento de escriturar, el Municipio declaró su predio como zona urbana, multiplicándoles los costos. Dentro, hay unos 60 hornos. Y alrededor de cada uno, una familia boliviana y varias casas para la gente que trabaja ahí. Dionisia es la secretaria de la Asociación.

En términos urbanos son 127 manzanas en las que se repiten hornallas, hileras de ladrillos cortados en el piso, palets, autoelevadores, camiones, hombres y mujeres que suben escaleras, acarrean barro, cortan ladrillos, cuidan el fuego, cargan y descargan.

En las canchas circulares amasan el barro mezclado con aserrín. Una rueda, como aquella por la que caminan sin destino los hámsters pero de unos dos metros de diámetro, se desplaza en círculo por el pisadero. De ahí, cargan la mezcla en la carretilla y la llevan a la persona que coloca el barro en un molde. Después, vuelcan en el piso espolvoreado de aserrín, uno tras otro, los ladrillos crudos y grises, como cuando un niño forma con la arena del mar las figuras temáticas que le propone su jueguito de playa. Los cocinan en un apilamiento de unos tres metros de alto y más de ancho, metiéndole el fuego en sus entrañas. Luego de unas 36 horas salen unos 40 o 50 mil ladrillos, depende el tamaño.

Dionisia conoce esto de memoria. Aprendió que producir en verano rinde más y es más ventajoso complementar con otras actividades económicas. Hoy gestiona ventas, compra aserrín, tapa los ladrillos para que no se mojen. Y se ocupa de su tienda.

\*\*\*

El lunes 1 de noviembre al mediodía, en la casa de Dionisia se reúnen su mamá, su hermano, su cuñada y lxs vecinxs que comparten

la vida con la familia Choque desde antes de salir de Padilla, su pueblo natal, en Chuquisaca. También está su papá.

Preparan distintas comidas. Cuando las tantawawas— los panes de variadas formas— están listas, empiezan a compartirlas. El que tiene forma de persona representa al padre muerto al que hoy conmemoran. El de la escalera es para que baje del cielo. También cocinan picante, una especie de salsa para acompañar papas. Lleva abundante ají; en Bolivia toma cuerpo con el pan duro, acá lo hacen con pan rallado. Mañana martes harán asado. Su papá se irá por una escalera de pan.

En esos dos días, cada año, las familias andinas comparten con sus muertos. Es el Aya Marçay Quilla, el día de Todos los Santos, una fecha que combina elementos de la cultura originaria con fechas impuestas por la conquista. La muerte es una transición, un camino hacia la vida eterna. En noviembre Dionisia preparó por primera vez la ceremonia para un muerto cercano.

\*\*\*

—Dionisia, ¿puedo sacar fotos en el barrio?

—Sí, pero no a los niños. Porque en el barrio hay muchos que andan jugando en los hornos. Y después ya dicen que están trabajando.

En 2016 un periodista local publicó en FOPEA una investigación sobre los hornos ladrilleros de las familias bolivianas. Allí denunciaba: “Esta actividad productiva —que mueve más de 40 millones de pesos al año— se desarrolla en medio de la informalidad laboral, la precariedad habitacional y el trabajo infantil”. La nota hablaba explícitamente de trata de personas y de daños ambientales por la producción de ladrillos en Allen, la ciudad que tiene casi veinte mil hectáreas de fracking y está perforada por 200 pozos petroleros.

—En los medios se opina de los bolivianos, de un lado y del otro. Bardean y empiezan ‘no pagan y no pagan y no pagan’. Siempre es eso, el tema de que no tributamos.

—¿Te molesta que lo digan?

—Ya lo naturalizamos a eso. Había un tiempo, cuando yo era más chica, que enfrenté. Te hablo de cuando tenía 18 o 20 años. Después

desaparecí porque era pelear con la nada misma. Vivían de eso. Entonces nosotros terminábamos enfrentándonos con los vecinos. Después dije, noooo, no voy a caer en su trampa. Así que me callé y nunca más hablé. Es más, apago la radio. Por ahí escucho, para no quedarme afuera, o chusmeo el Facebook. El que no quiere callarse, por ahí, habla. Yo trabajo en mi tienda.

# PARA ESTO QUEREMOS BAILAR





texto

**LAURA CABEZAS**

arte

**SEBASTIÁN DANA**

**65**



**Viajante, bailarina, directora, performer, promotora cultural, profesora de francés, creyente, madre y abuela, jugadora de pasanaku, casi maestra, Yuvinka Sejas transgrede límites como da giros al bailar. La morenada es para ella un “acto de liberación y resistencia”. Y, también, una manera de conectar mujeres de su familia que resistieron la dominación masculina.**



A pesar del frío, Yuvinka había salido a ver el festejo de la Virgen de Copacabana. Era 5 de agosto de 1999. Desde la mañana los colectivos llegaban a la Villa 31; en el interior se veían los trajes coloridos de quienes iban a bailar. Algunos fieles se acercaban caminando y pasaban delante de los autos decorados con enormes peluches en sus capots, que esperaban también la bendición. Las sayas, morenadas, tarkeadas y otros ritmos andinos no pararían de sonar hasta la noche. Yuvinka cerró la puerta de su casa y no dio más que cuatro o cinco pasos antes de verla. “Una cholita, como mi abuela”, recuerda y señala el lugar donde la cruzó, antes de llegar a las dársenas de la estación de Retiro. “Yo quedé petrificada, era como si hubiera visto una artista”, dice con la mirada clavada en la esquina opuesta a nuestra mesa del café Tía Rosa, en el actual Barrio Mugica.

Para Yuvinka, su abuela es la protagonista de buena parte de su infancia en Bolivia. Uno de los momentos que más disfrutaba era cuando la ayudaba a cambiarse: las medias largas gruesas, las manqanchas -o enaguas superpuestas, que le daban volumen a la cadera-, la blusa, la pollera y la manta haciendo juego, las joyas (gargantilla, aretes), el ramillete y el topo (pequeño adorno) en la manta, los zapatos de tacón, las trenzas, el sombrero.

La nieta acompañaba el ritual, pero su misión ocultaba otra más importante: “Yo era el escudo para que ella pudiera salir”. Su abuela o su mami, como le decía, avisaba que se iban a pasear, a hacer algunas compras o al cine. Inventaba una excusa para ir a bailar morenada en alguna festividad de La Paz sin que su marido se enterara. “Yo la agarraba de uno de sus flecos mientras ella giraba. Me decía que no la soltara, que me quedara a su lado acompañándola”.

—¿Por qué tu abuelo no quería que bailara?

—Porque por ahí él debía viajar, ir a algún lado o tenía que trabajar, entonces no quería que fuera sola. Es esa cuestión del machismo, esa idea patriarcal que dice: si no va el marido, no puede ir la mujer. Pero ella quería ir igual.

\*\*\*

La morenada enlaza ritmo, cuerpo y creencia. Está presente en las fiestas religiosas del santoral andino. Su coreografía se compone de una procesión o desfile bailado donde participan diversos personajes: el caporal, las cholitas, las chinas, los reyes morenos, entre otros.

Se cree que nace en la época colonial y que representa la vida de los esclavos africanos e indígenas que trabajaban en las minas; sin embargo, hay versiones que la relacionan con el culto al Apóstol Santiago y los autosacramentales.

\*\*\*

“Mi querida Yuvinquita, siento que tú vas a ser mi sucesora’, murmuraba mi abuela en esas tardes de complicidad. No se equivocaba”, recuerda Yuvinka. Ahora está vestida de cholita paceña y habla en la apertura de Ciudadanza 2021 como parte del show de su bloque de morenada. De la escena fantasmática en el barrio pasaron dos décadas, del rito de la infancia muchos más.

Yuvinka Ángela Sejas Camacho es migrante boliviana, mujer y villera. Así se autodefine, consciente de que los prejuicios pesan más en su cuerpo que las cinco enaguas que usa para bailar. No hace mucho que se percibe también como artista, y se reconoce como directora de su grupo de danza de morenada lxs Amigxs Intocables de Retiro.

La Paz, París, Buenos Aires. Estas son sus coordenadas espaciales. Mucho antes de establecerse en Mugica, su madre había sido empleada doméstica de una dame parisina. Dos lenguas maternas, tres hogares en el mundo, un único odio. Si su alfabetización en francés y el poco español que recordaba motivó el bullying en Bolivia, en Argentina lo originó su nacionalidad (“hija de vende ajos” o “vende-limones”). Además de la discriminación asociada al territorio, claro.

En la 31, recuerda, no se bailaba por bailar. Por años escuchó una condición que se repetía en los ensayos: “Todo lo que es cultura yo no bailo. Yo bailo para la virgen, para el santo”. A veces la danza se originaba en una promesa a cumplir. Algunas sólo defendían la dimensión religiosa de la morenada. Pero en la mayoría de los casos lo que había detrás eran maridos celosos que sólo dejaban a sus mujeres bailar por devoción.

–Yo respeto tanto la diversidad de género como la elección de la religión –afirma Yuvinka en un enunciado que aúna el feminismo con el laicismo–. Si alguien quiere ir a bailar no tiene la obligación de persignarse.

Sin saberlo, Yuvinka cumplía la consigna que años después escucharía en las calles. Iglesia y Estado, asuntos separados. Yuvinka y su

grupo no dejaron de bailar a la virgen, pero le sacaron de a poco la exclusividad. Esto hizo que no dudara cuando vio en el barrio un programa para vecinos artistas impulsado por la Secretaría de Integración Social y Urbana. Inscribió a su grupo y empezaron a bailar en eventos culturales. Esto fue hace once años.

\*\*\*

A las once de la noche de un día de 2010, Yuvinka y una de las integrantes del grupo caminan agarradas del brazo. Risas. Los tacos repiquetean en las calles sin domicilio. La urbanización del barrio es un proyecto en debate, pero ellas no piensan en eso. Están alegres después de bailar y cenar con su grupo. Yuvinka decide acompañarla hasta su casa a pesar del cansancio. Sabe de la fragilidad de los empoderamientos repentinos de las mujeres de su entorno. Estoy cansada, podrida de estar con miedo, me quedo a comer, le dice su compañera, decidida a desafiar el toque de queda marital. Ahora camina apoyada en su brazo.

Él las ve venir. Por los ojos de Yuvinka pasa rápido un puño cuando la puerta se abre. Luego, el tironeo de unos mechones de pelo y la puerta que se cierra. Del otro lado del cerrojo queda el sonido que hace un cuerpo contra el otro. Yuvinka golpea y grita para que abra. Mientras, lo escucha. ¿Para esto querés bailar, para tomar, para calinchar?

Calinchar significa joder, bromear, toquetearse con mujeres, traduce. Pasaron diez años, Yuvinka ve un cambio, pero –suspira– “siempre es la misma historia”. A las mujeres les preocupa lo que va a decir la gente si van a bailar sin sus maridos. Y a los maridos les disgusta que se maquillen: no entienden por qué se arreglan para bailar y les “encajan” los hijos para que los lleven a cuestras.

Por eso a Yuvinka le gusta el revuelo que causó su iniciativa. Que las salidas culturales hayan sacado a las mujeres de las casas. Que se haya generado ruido en las familias. Que los maridos machistas hayan sido señalados. “Ya no era sólo para la Virgen, para el Tata Santiago, cuatro salidas al año, y nada más. No estaba lo cultural, ir a los festivales, al teatro, a la Noche de los Museos”.

\*\*\*

La primera vez que Yuvinka bailó en el barrio fue vestida de hombre, como moreno.

–¿Es común eso en Bolivia?

–¡No! En los pueblos no es normal que una mujer baile de hombre. Lo hice acá nomás, de transgresora.

Viajante, bailarina, directora, performer, promotora cultural, guía de turismo comunitario, profesora de francés, creyente, madre y abuela, jugadora de pasanaku, casi maestra, Yuvinka Sejas transgrede límites como da giros al bailar. Es que la morenada, para ella, también es un “acto de liberación y resistencia”. Por eso confía en que cada reactualización de la danza migrante les garantice, a ella y a sus vecinxs, un lugar en esa genealogía subversiva de esclavos e indígenas que se burlaban del poder colonial a través del arte. O de un primitivo activismo andino que Yuvinka recupera en sus coreografías de pasos sagrados y vueltas profanas.

**Para esto queremos bailar**

# **PALABRAS MAYORES DE LA MIGRACIÓN**





texto

**CLARA N. OLIVEROS**

arte

**ALINA NAJLIS**

**73**



**Después del dolor del desarraigo, dos mujeres venezolanas reinventan su vida en Buenos Aires. Lo hacen trabajando en un rubro tan esencial como subvalorado: el cuidado de personas de la tercera edad. Ambas han aprendido que se puede vivir varias vidas en una, y que los sueños también caben en una maleta.**



## El valor de una respiración

Cuando llegás a Buenos Aires, te enamorás de su arquitectura, de sus edificios que en silencio y a través de su estructura muestran historia, de sus aceras de piedra, de los negocios de cafetería. ¡Guao! Cuántas cafeterías repletas de personas de diferentes edades: hombres con periódicos, mujeres con libros, parejas enamoradas.

Hasta hace poco era una ciudad para disfrutar en la conversa con un mate o con un café al aire libre. Digo hasta hace poco porque cuando llegó la pandemia todo ese bullicio en las calles, las cafeterías y las tiendas desapareció. Para muchas personas, hacer sociales se transformó en una actividad de alto riesgo: embarazadas, personas de la tercera edad o con patologías previas debieron extremar cuidados. Y también para el personal de salud, que estuvo en la primera línea de batalla atendiendo casos incansablemente. Entre ellas estaba Zuly, una enfermera venezolana de 52 años, de estatura pequeña, ojos y cabello negro, divorciada, de padres emigrantes de Cúcuta, Colombia. Trabaja como enfermera particular de personas de la tercera edad porque todavía no pudo homologar su título, el cual mantiene en su maleta: por su edad dice que no puede volver a estudiar. Con Zuly nos conocimos en el Hospital Ramos Mejía, en un pabellón para 16 mujeres con Covid-19. Allí estuvo internada durante diez días por un cuadro de neumonía.

A pesar de sus ataques de tos, ella siempre estaba dispuesta a colaborar, a acompañar a las que no podían comer solas. No paraba: cuidaba de su compañera de cama próxima, una mujer con problemas de esquizofrenia que no soportaba tener una mascarilla de oxígeno en forma constante. Zuly quedaba siempre pendiente, tanto que le reportaba a los médicos sobre el comportamiento de su compañera, Domitila, y los médicos le consultaban a su vez sobre “su paciente”.

Zuly nació en San Antonio del Táchira y estudió en Caracas. Antes de venir a Buenos Aires a buscar una mejor calidad de vida tuvo que renunciar a su trabajo de 22 años como enfermera. Recuerda que en esos primeros tiempos se deprimió mucho: lloraba a diario, extrañaba su trabajo, sus compañeros de profesión, su familia, su confort en los buenos tiempos de su país. Sus tres hijos venezolanos migraron a Argentina en 2018. Pasó tres años sin verlos.

El día que Zuly salió del hospital se duchó sin sentirse ahogada. Cuando salió del baño fue hasta la cama de sus hijos y los abrazó. Llevaba

10 días sin bañarse. Después me llamó por teléfono: pronto saldríamos airosas y celebraríamos en una cafetería porteña el habernos conocido en el Ramos Mejía.

## **Diana, la economista**

Diana tiene cincuenta años y es maracucha –nacida en Maracaibo– aunque se crió en Maracay. Los últimos 30 años antes de emigrar vivió en el estado Aragua.

A finales de 2016, solicitó en su trabajo como economista sus seis vacaciones vencidas y visitó a su hijo en Argentina. Aunque antes había visitado Buenos Aires, esta vez se puso a trabajar. Regresó a su país con la idea de emigrar. Tenía, claro, algunas dudas: renunciar a un empleo estable, dejar a su mamá, su casa, su carro.

La primera opción fue Argentina: conocía el país, ya había trabajado y el idioma ayudaba. Y lo más importante, uno de sus hijos vivía ahí. Se fue a Boa Vista, Brasil, por tierra, de allí viajó a Manaus y posteriormente tomó un vuelo a Argentina.

Llegó a Buenos Aires en enero de 2018. Su primer empleo fue en una pizzería como recepcionista. No le importaba, tenía solo cinco días en la ciudad y debía conseguir un ingreso para sostenerse. Vivía con una chica argentina y compartían alquiler y gastos. A la semana encontró un trabajo de vendedora en una perfumería. Allí estuvo casi un año, trabajando más de ocho horas de pie y sin opción a sentarse. Era un empleo informal con altísima exigencia. A pesar de las contras tenía trabajo y estaba agradecida.

Esperaba un llamado para una entrevista que nunca llegaba. O estaba sobrecalificada o le decían que era muy grande o que no cumplía algún requisito. Ella quitaba cosas del CV, hacía una versión para cada oferta. Y mientras, repartía a diario mil volantes para una pizzería desde las cinco a las ocho de la mañana porque luego debía ir a la perfumería.

Hasta que una amiga a la que conoció en la iglesia cristiana evangélica le consiguió un trabajo en una casa de familia. Estaba agradecida: por fin podía reinventarse. Empezó a cuidar personas y en ese interín estudió para hacerlo con más profesionalismo. Desarrolló su paciencia y afloró en ella el amor hacia las personas de la tercera edad.

En simultáneo vendía postres caseros y, en verano, ensaladas gourmet. Se organizó como vendedora ambulante y planificó rutas y horarios de trabajo. Hizo amistades y el negocio empezó a funcionar: pagaba sus cuentas, enviaba dinero a su mamá en Venezuela, ahorraba y de vez en cuando se daba un gusto. Cuando llegó la pandemia se acabó la venta de postres y ensaladas. Sus ingresos menguaron y sus ahorros se acabaron.

Ahora Diana sigue cuidando personas, ya no espera el empleo según su formación y la experiencia adquirida en Venezuela. Tiene otra visión, se sigue preparando y buscando oportunidades que le permitan mejorar su desempeño laboral. Ya no le importan muchas cosas que le parecían trascendentales, ahora son otras y cree que son sustanciales. Quizás mañana vuelva a reinventarse. Sólo Dios lo sabe, confía en él. Sabe que no debe abandonar a sus hijos porque así lo dice su palabra. Hoy ha aprendido que no necesita tantas cosas para vivir, y que los sueños también caben en una maleta.

# ESA SALSA: COSA DE MUJERES



texto

**ALEJANDRA TORRIJOS**

arte

**JUAN FUJI**

**79**



**Para muchas colombianas, el sonido de su infancia es el de la música de Totó La Momposina, Tito Gómez y Faina All Star. Tres de ellas viven en Buenos Aires y hace más de cinco años organizan una fiesta ambulante de salsa. El motivo es simple: ver a la gente bailar. Porque bailar es otra forma de tender puentes entre personas, barrios y memorias.**





Al olor dulce del mango y la sensación de un calor tibio y seco se remonta Anacaona cuando habla de la salsa. La primera vez que escuchó esa música en su vida fue en La Mesa, un pueblo de clima cálido y 31.000 habitantes ubicado en Cundinamarca, uno de los 32 departamentos de Colombia. Junto con el olor del mango y el calor, a Anacaona la brisa le llevaba de la calle el sonido de una canción romántica de Tito Gómez: “Lleno el papel de mi infancia con penas y heridas/Y escribo entre páginas blancas todo lo que fue mi vida”.

En su casa en día de limpieza, en la sala y con sus hermanas, dice Micaela, están sus primeros recuerdos de la salsa. En Normandía, un barrio del occidente de Bogotá. Sus cuatro hermanas mayores y ella ordenaban su hogar los sábados, con esa música a todo volumen. Cuando la canción era muy dura, algo con guaguancó, la mayor dejaba la escoba a un lado y se ponía a bailar, a ganarle al ritmo, frente al ventanal que daba al patio. “¡Bravo! Permíteme aplaudir la forma de herir mis sentimientos” cantaba Justo Betancourt en “Pa bravo yo”. Las demás, repartiéndose de manera horizontal detrás de ella, y mirando sus reflejos en la ventana, intentaban seguirla.

El origen de la salsa en La Candela está en su primer barrio, en una parte muy urbana y humilde de Barranquilla, en la Costa colombiana, un lugar lleno de edificios de cuatro pisos color mostaza y tienditas en las esquinas de cada cuadra que ofertaban esponjas, lavandinas, cera, leche, pan, huevos, golosinas, cerveza, aguardiente y ron. En cada tiendita se sacaban mesas y sillas plásticas a la vereda, en las que vecinos tomaban algún trago y escuchaban la salsa que ponían en Olímpica Stereo, la emisora más popular. Ahí la escuchaba por primera vez, pero la salsa no le gustaba.

Anacaona, Micaela y La Candela se mudaron a Buenos Aires en los primeros años de sus veintes para estudiar. Nutrición, Ciencia Política, Artes. Las tres se conocieron trabajando como meseras en La Catedral del Tango, en el barrio de Almagro. Las tres llevan casi una década fuera de Colombia. A las tres les gusta la salsa y por eso decidieron armar fiestas: por el simple hecho de ver a la gente bailar.

No siempre fueron tres.

Primero llegó Anacaona con Juanito, su pareja, desde Colombia. Consiguieron un lugar para vivir en Pilar y su primer trabajo fue en La Catedral del Tango, ella como cajera, él como mesero. Micaela ya se conocía con Juanito desde el colegio en Bogotá. Trabajaba en una

agencia de investigación de audiencias e iba a La Catedral al final del turno. Cuando ellos ya estaban por salir, los esperaba sentada en la barra tomando cerveza y escuchando música.

Anacaona y Juanito se fueron a Colombia de vacaciones, justo cuando La Candela llegaba a Buenos Aires y buscaba trabajo. El primer lugar al que tocó la puerta fue La Catedral y allí la acompañó Maga, su compañera argentina de habitación. Le dieron los fines de semana para que reemplazara a “unos tales colombianos”.

Los colombianos, claro, eran Anacaona y Juanito. Cuando volvieron, los primeros días no fueron sencillos. Primero se escanearon: La Candela es una mujer alta, imponente, pelo afro, llamativa. Anacaona es una mujer menuda, con rasgos andinos, ojos rasgados. En Buenos Aires la ven morocha, pero en Colombia es blanca y para La Candela ella era una cachaca, como le dicen a la gente del centro del país. Las dos empezaron con cierta distancia. La algarabía del norte, el frío del centro de Colombia, los prejuicios encontrados. Fue por Juanito, quien se acercó más a La Candela, que empezaron a amigarse.

La Candela se sumó de a poco. Un día de amanecida, cuando ya se habían roto las barreras de lo colombiano, les dio por proponerse hacer una fiesta de salsa. Una buena fiesta de salsa. Con salsas de las duras, las clásicas. De las que se escuchaban en los setenta y ochenta en la época de furor de La Fania All Stars y hacían parte del repertorio de las fiestas familiares en Colombia, en Venezuela, en el Perú y en los países donde la salsa importa.

Para la fiesta encontraron un lugar, lo decoraron con luces, guirnaldas, velas. Le pusieron un nombre salido de la mezcla de una noche confusa y de una canción de La Sonora Ponceña: “Fuego en el 23”. Después llegó el sonido y alguien puso la música.

La Candela Viva, cuando todavía usaba su nombre de pila y no el de la cumbia de Totó compuesta en 1993, fue la que se lanzó como DJ. En Barranquilla no le gustaba la salsa, aunque era la música que sonaba en la ciudad. “No podía hacer un trayecto sin esa música de fondo”, recuerda. En el barrio, en la calle, en una tienda, en el bus, en el supermercado, todo tenía ese sonido.

A ella le gustaba el rock. Se vestía de negro y era más bien parca. “Yo no quería ser como la mujer costeña”, dice. Según La Candela el estereotipo impone voluptuosidad, sandalias, maquillaje, pelo liso, co-

quetería y ritmos tropicales. Empezaba a conocer las temperaturas del otoño en Buenos Aires -“un frío que no entendía”, dice- y a su primer hogar, una habitación pequeña que compartía con Maga, lo calentó con música. Quería mostrarle su cultura, empezó con los discos y le agarró gusto a la salsa. Hasta que sintió que con la música podía tener su ciudad cerca y se dedicó a ser DJ.

Fuego en el 23 duró poco. Los bailadores que estuvieron en esa fiesta dicen que ha sido la mejor de salsa que se ha hecho en Buenos Aires. En un sótano que parecía estar alumbrado por un fuego cálido, los cuerpos iluminados por luces rojas o amarillas bailaban en parejas, grupos o solos, cantaban una misma canción, una alegre, una melancólica o una de desamor:

*Y sigue caminando como yo  
Por el camino de los sufrimientos  
Y aquel que sufre con resignación  
Mata poquito a poco su tormento*

La fiesta se volvió popular. Cada semana se acercaba más gente. Hasta que a algún vecino no le gustó el gentío y llamó a la policía. Los agentes no alcanzaron a ver los cuerpos y el baile. Lo que llegaba de música era muy poco. Los organizadores hicieron tiempo con la policía, mientras la gente salía por la puerta de atrás. Después de esa noche la fiesta desapareció para siempre. El grupo de El Fuego se desintegró. Pero Anacaona, Micaela y La Candela querían seguir bailando.

Desde ese momento son firmes en usar sus apodos y en esconder, de cierta manera, su identidad. Sus fiestas no dejan de ser algo clandestinas y hechas por migrantes. Los apodos son todos salidos de canciones y la historia que tienen se mezcla con la vida que las tres quisieron adoptar en la nueva ciudad.

Anacaona Alonso, india de raza cautiva, de la región primitiva. “Anacaona” (1971) es una canción compuesta por el puertorriqueño Tite Curet Alonso e interpretada por la voz meliflua del también puertorriqueño Cheo Feliciano. Habla de una mujer aguerrida, corajuda que nuclea y agrupa, noble, abatida, pero valentona, Anacaona.

“Micaela cuando baila el bugalú arrebatada. Toda la gente la llama la reina del bugalú”. El bugalú viene de una mezcla de ritmos afrocubanos y el soul de Estados Unidos. La canción y el ritmo se hicieron populares por el puertorriqueño Pete ‘El Conde’ Rodríguez y su orques-

ta. “Micaela” (1967) es una canción para pegar saltitos, para moverse con picardía, con sensualidad. Micaela es menuda, de sonrisa difícil, cuando algo no le gusta lo hace saber. Y es también la que, con licor en mano, más se goza la fiesta y el baile.

Entra la tambora, el fuego. Allá viene La Candela, “La Candela Viva” (1993). La canción es una cumbia de la colombiana Totó la Momposina. La Candela Viva es la dueña de esta y de todas las fiestas. Es una turbulencia, un fuego. Baila sola, inmanejable, arrebatada, florida, de labios rojos, máscara de pestañas y afro alto. Aprendió de salsa en Buenos Aires. Con *¡Qué viva la música!*, de Andrés Caicedo, se armó la playlist, a medida que leía e investigaba: Richie Ray y Bobby Cruz, Héctor Lavoe, Roberto Roena, Los Hermanos Lebron.

## Yambeque

Pasó un tiempo sin la movida salsera de Fuego en el 23. Venezolanos, peruanos, cubanos y también argentinos la reclamaban. Charly El Malo, un DJ venezolano radicado en Buenos Aires hace más de 10 años, melómano, buen bailaror, conocedor del género, les propuso continuarla y pensaron otro nombre, salido también de La Sonora Ponceña. Volvieron a armar la fiesta: La Yambeque. Charly duró con ellas apenas un tiempo corto.

No es igual a Fuego, pero se ha mantenido firme los últimos cinco años, ni la pandemia la acabó. La Yambeque ha cambiado de lugar, pero no de esencia: arrastra a los bailarores encendidos por diferentes barrios porteños.

El valor de Anacaona, la firmeza de Micaela y el conocimiento de La Candela hacen de la Yambeque una buena fiesta. Pero no es solo eso, Anacaona ha tejido una gran comunidad. La gente que va a Yambeque tiene historias similares: todos se la rebuscan después de migrar. Gente que, con unos pocos pesos ahorrados en Colombia, como las chicas, vinieron en busca de un futuro. Gente que vino a estudiar porque en Colombia, si no hay privilegios, hay que escoger: se come o se estudia.

Tienen ganas de comprender su país a la distancia. Esta gente va a la salsa, pero también a las manifestaciones en el Obelisco y el Congreso en apoyo a los Paros Nacionales en Colombia en 2019, 2020 y 2021, se encuentra en las organizaciones de migrantes en Buenos Aires, en las manifestaciones artísticas a favor del Sí al plebiscito del 2016.

Unión, música, festejo y el anhelo de un país diferente. Un país diferente por medio de la salsa. Una utopía.

\*\*\*

Un viernes, cuando tenía 15 años, Micaela dijo que se iba a quedar donde una amiga, pero en realidad fue a una fiesta con su noviecito de la época. La amiga no pudo sostener la mentira y alertó a la familia. Micaela, con temor, veía las llamadas de su papá, de su mamá y no contestaba. Como tenía miedo de lo que pudieran hacerle, esa noche no volvió, tampoco el sábado. Cuando el domingo retornó a su casa, el papá la golpeó por primera vez.

A Anacaona le pasaba similar. Limpiaba la casa toda la semana, cocinaba, hacía todo cuanto podía para tener a su madre contenta. Se sometía con tal de tener el permiso para salir el fin de semana. Las discusiones comenzaban con un no rotundo. Ella le debatía hasta que su mamá le decía “haga lo que quiera” y ella hacía lo que quería: ir a bailar. Pero sentía terror cuando en la fiesta le sonaba el celular. Estaba donde quería, pero la angustia no la dejaba disfrutar.

A La Candela eso no le pasaba. No la dejaban salir, pero tampoco le interesaba la fiesta. No se sabe en qué momento de Colombia el miedo a la calle, a la noche, a los años de violencia por el narcotráfico o por el conflicto armado, se convirtió en un arma de control para las familias, para el Estado. Violencia, miedo, control. Miedo, control, violencia. No se sabe.

De ese miedo huyeron muchos de los colombianos que migran, por lo menos acá, en Buenos Aires. Anacaona agrupó por medio de la fiesta a tanta gente, tal vez, para disfrutar sin miedo. Para que ella y otros pudieran bailar sin el temor de un celular timbrando con un reclamo de “¿dónde carajo está?”.

En un momento de soledad, de melancolía, los bailarines saben que pueden zambullirse en la noche porteña, caminar sus calles sin temor, llegar a la fiesta, pagar la entrada, saludar y abrazar, encontrar consuelo.

Anacaona se va. Se va a España en búsqueda de ese futuro mejor. Ya pudo conseguir un poco de libertad. Ahora va por una estabilidad económica que en Argentina es difícil de lograr. Se va Anacaona y con ella se va un poco de Yambeque, de la salsa y de esa familia que consuela en la noche.

# LA SAZÓN DE MI PAÍS



texto

**CAROLINA CORFIELD**

arte

**ALINA NAJLIS**

**87**



**Karina, Génesis y Kendel aprendieron a ganarse la vida en una ciudad del interior bonaerense cocinando platos típicos venezolanos. Para ellxs, la gastronomía dejó de ser sólo la preparación de aquello que nos llevamos a la boca: los olores y sabores crearon lazos y una historia en común en el exilio. En sus recetas también encuentran una respuesta a la pregunta de quiénes somos.**





Cuatro años después de su llegada a Argentina, sentada en la cocina de Rey de las Arepas, Génesis Salas Manso repasa cómo fue salir de Caracas, la ciudad más poblada de Venezuela, e ir a parar a Junín, una pequeña localidad de la pampa bonaerense de 90 mil habitantes. El olor de las frituras y el zumbido de las heladeras en el local, que es a un tiempo casa, cocina y trabajo, llenan los huecos entre los silencios y las palabras.

De la noche que llegó a Junín Génesis se acuerda muy poco: apenas el frío húmedo de agosto y los nervios de lo desconocido. Pero la mañana y los días siguientes sí los distingue bien: “No había mucho que hacer, realmente era pequeño para lo que una estaba acostumbrada”, dice. Kendel, su novio desde hace seis años y con quien emprendió la travesía de migrar (Caracas, Boa Vista, Foz do Iguaçu, Buenos Aires, Junín), define la experiencia como un choque: cultural, de expectativas y de modo de vida. Un mal trago que había que pasar.

Cuando llegaron, Karina ya vivía al otro lado de la ciudad. Los motivos que la llevaron a migrar son diferentes a los de Génesis y Kendel. Ella, mujer, madre y migrante, dejó Maracaibo conmovida por un amor. Al igual que la joven pareja de Caracas, Karina también trabaja en una cocina. Se mueve de las heladeras hacia el horno y a la mesada y prepara los pedidos que le llegan al celular. Entre tañidos de ollas y sartenes repite una frase: “Nosotros tenemos sazón”.

Las diferentes texturas y aromas de los platos típicos venezolanos son para Genesis, Kendel y Karina, y para muchos migrantes más, una forma de ganarse la vida. Aunque al mismo tiempo cargan con una significación más profunda. Los olores y sabores crearon lazos, una identidad y una cultura en el exilio. Una cultura compartida con los compañeros que transitan juntos la experiencia de la migración, pero también con los que están lejos, en la tierra natal.

“Cuando le contamos a mi familia que nos íbamos a dedicar a la venta de comidas típicas mi papá me dijo: ‘de joven yo también vendía arepas’. Era algo de lo que nunca me había enterado”, cuenta tímidamente Génesis.

Kendel confiesa que antes de llegar a Argentina nunca había cocinado más allá de los imponderables de la vida cotidiana. Entre risas cuenta que de chico soñaba con tener un puesto de comidas en el Estadio Universitario de Caracas, la catedral del béisbol, en Venezuela. La vida, en cambio, lo llevó a estudiar diseño gráfico y a migrar.

Las características de Junín, que tenía una fuerte oferta gastronómica antes de la pandemia, ubicaron a esta pareja en el centro de una cocina que hoy, proyectan, se transformará en una franquicia. No solo quieren llegar a diferentes barrios, sino a todo el partido, para dar a conocer sabores, historias, formas de estar en el mundo.

La comunidad venezolana en la ciudad alcanzó las 800 personas en 2021. Todos los días surgen nuevas necesidades a las que las manos de Karina tratan de dar respuesta.

La casa de Karina está a pocas cuadras del Velódromo. Allí vive con su marido juninense y un hijo adolescente que la acompañó desde Venezuela. El comedor principal está decorado con banderines de colores. Detrás está la cocina donde Karina elabora a diario y casi en exclusividad la comida para sus compatriotas. Gino, un joven peruano, la auxilia en las preparaciones cuando ella atiende pedidos, que por lo general se amontonan al llegar el mediodía. A veces, los mensajes sólo contienen elogios: “Las empanadas que probamos hoy me recuerdan a las de mi abuela”, “Tu comida me transporta”, lee Karina mientras sonríe y continúa organizando pedidos.

“Muchos pasan trabajando la semana entera y al llegar el sábado no tienen ganas ni tiempo de cocinar. Otros se están amoldando a las recetas de la ciudad. Por eso yo busco mantener el sabor y el estilo venezolano”, explica. Su propuesta incluye también la posibilidad de que sus paisanos se reúnan en su casa, para eso tiene acondicionado el salón principal.

Mientras salen los patacones, las mandocas y los desayunos acompañados de ensaladas robustas y del frescor del agua de panela, Karina reafirma la intención de mantener el sabor de su patria a través de los ingredientes, que muchas veces tiene que traer de Buenos Aires. En la cocina se apilan el queso de año, el sobado con café y las bolsas de harina de maíz.

Para estas dos familias la gastronomía tradicional marca el ritmo de los días. Es un trabajo, una forma de ganarse la vida, pero también significa un rol dentro de la comunidad:

–Queremos que aquellos que prueben nuestros platos se queden con lo mejor. Nadie va a decir que no les gusta la comida de Kendel o de Génesis, van a decir que no les gusta la comida venezolana. Esta es nuestra carta de presentación ante muchos argentinos.

Para los tres la gastronomía dejó de ser sólo la preparación de aquello que nos llevamos a la boca. En sus hogares se vive con sentido de orgullo y de pertenencia. Una forma de dar respuesta a la pregunta de quiénes somos.

# ECHAR PA'LANTE



texto

**GABRIELA SALA**

arte

**ANTONELLA MALACHITE**

**93**



**La madre de Sarahy, una enfermera venezolana, emigró de su país por la falta de trabajo, los desabastecimientos y las dificultades de construir un futuro mejor. Vivió dos años en Colombia y después probó suerte en Argentina: tardó nueve días en llegar por tierra a Buenos Aires. La investigadora Gabriela Sala narra en primera persona la vida de una mujer que vive entre los cuidados familiares, los de sus pacientes y el agotamiento de un devenir siempre precario.**



Mi esposo murió en 2010, cuando mi hija tenía un año y diez meses. Estudié enfermería mientras trabajaba y mis padres y hermano cuidaban a Sarahy. Me gradué en 2017. Ese año dejé Venezuela y me fui a Colombia. Decidimos salir un día en que solo había tres arepitas para comer. Esa falta de comida, de ver que tú trabajas y no te rinde, o que tienes la plata y no puedes comprar porque no hay comida, las colas kilométricas para comprar una harina Pan. Entonces tú dices: aquí no hay futuro.

A Colombia fui con Wildred, mi esposo, porque no teníamos mucho dinero para ir más lejos. Ahí estuvimos dos años. Viajamos en autobús. Cruzar la frontera fue algo tedioso porque la Guardia Nacional te quita los dólares si te los descubren. Los escondí en mis pantaletas. Ellos ya conocían los lugares y se ponían a revisar la presilla del pantalón o el brasier o las medias. Tan profundo no te revisaban.

Tengo nacionalidad colombiana por mi mamá. La tramité antes de salir de Venezuela. Quizás por eso se me hizo más fácil. Conseguí trabajo como enfermera domiciliaria a la semana de haber llegado. Empecé con guardias esporádicas, ganando poco, hasta que tuve pacientes fijos. Para Wildred fue más complicado por la documentación. Con lo poco que yo ganaba pagábamos la habitación y la comida. Sacaba para mi pasaje, unos pesitos para mandar a mi mamá, mi papá y a Sarahy, y le daba a él para que entregara currículum.

En Colombia los horarios de trabajo son muy esclavizantes y no podía tener a mi hija conmigo. Una sale de trabajar a las cuatro y media de la mañana, porque todo es lejísimo y las colas que se hacen para viajar son infernales. ¿Con ese horario cómo podía criar a Sarahy? Imposible. En 2019 decidí partir de nuevo.

\*\*\*

Mi mamá llevó a Sarahy a Bogotá. De ahí nos tardamos nueve días en llegar rodando a Buenos Aires. Bajábamos de un autobús y comprábamos pasajes en otro para ahorrar dinero. En el camino nos encontrábamos con personas que nos contaban cómo hacer las escalas y dónde convenía hacer las paradas.

Nos trataron bien hasta llegar a la frontera de Chile. Ahí había más tensión porque a mucha gente no la dejaban pasar. Así vinieran para Argentina, los regresaban. De hecho fue el único sitio donde me pidieron el acta de defunción del papá de Sarahy.

En Santiago de Chile pasamos la noche en la terminal. Los de seguridad no nos sacaron por Sarahy.

–No, pero aquí no pueden permanecer, que no se que más... pero bueno... voy a hacer la excepción porque están con una guagua.

Yo saqué unas cobijas que tenía a la mano para Sarahy, por lo menos. Pegamos dos maletas, la acosté ahí y le lancé las cobijas y el gorro encima. Estaba rodeada de puras maletas que le cortaban un poco el frío. Fue una noche en pleno invierno.

\*\*\*

Cuando llegué a Buenos Aires empecé a trabajar en un restaurante de shawarma. Me llevó mi hermano, que ya vivía en Argentina. El señor quería que yo fuese cajera, moza, que llegara temprano a acomodar las heladeras y armar las comidas, picar y sellar las papas, picar la lechuga y el tomate, todo eso en la mañanita. Yo sólo le pude decir: todo perfecto, pero para ser cajera, te voy a ser sincera, yo llegué apenas ayer, no me conozco los billetes, ni las monedas.

Después, el hombre me dijo primero que no le servía y que si quería ir a limpiarle la casa. El apartamento quedaba cerquita del local. Estaba cochínísimo, horrible. Era un hombre solo y cochino. Yo preferí limpiar sola porque no lo conocía y me daba desconfianza. En una de sus subidas, cuando me llevó el shawarma, él se quiso propasar. Yo estaba limpiando y me arrinconó en un sitio y me abrazó y yo le dí un empujón con la mano. Le dije: ¿qué te pasa? respeta, yo aquí vine a limpiar no hacer más nada.

Entonces se empezó a reír, se quitó y se fue. Yo seguí limpiando. Al rato volvió con lo mismo. Otra vez se echó a reír, pero una risa así, pícara, que insinuaba cosas. Entonces me dijo que ahora sí me aceptaba, que podía trabajar en su restaurante aunque no supiera de la cuestión de los billetes, que lo iba a ir aprendiendo.

Me daba miedo si me llegaba a hacer algo, porque era un hombre grandísimo, cuadrado, cuerpadó. En una o dos ocasiones yo estaba de espaldas picando tomates y él me pasó súper pegado. Le decía – pero qué pasa, respeta. Cuando cumplí el mes me dijo que no fuera más.

\*\*\*



A pesar de no tener matrícula para trabajar en hospitales, en Buenos Aires trabajo como enfermera a domicilio, o sea, hago cosas que no puede hacer una cuidadora. Igual en Colombia, pero allá tenía pacientes más básicos que los que manejo aquí. Eran pacientes con ACV que no dependían de una máquina para respirar. El trabajo era un poco más simple: colocarle tratamiento intramuscular, bañarlos, llevarlos a las citas médicas, informar a los familiares, llevarlos a terapia. Ahora acá trabajo con pacientes con patologías más complejas, que dependen de un ventilador mecánico, que se alimentan por una sonda que va directo al estómago. También hay que bañarlos, asistirlos. Son totalmente dependientes.

Un compañero con el que trabajé en un hospital en Caracas me recomendó una agencia. Me dijo que era día y noche por medio, con todo el día libre. En aquel momento, cuando no estaba el país como está ahorita, el dinero te rendía un poquito más. Él me entrenó, me puso en contacto con la coordinadora. Después me hizo la introducción con una paciente, me explicó todo y arranqué sola.

Los primeros días se me hizo un poco complicado porque su enfermedad la tenía totalmente inmóvil. Lo único que podía mover eran los ojos y eso hacía difícil entender lo que quería. Después, nada más con verla yo sabía.

\*\*\*

Al llegar una se cambia el uniforme. Ahí te recibe la señora que está, te explica cómo estuvo el paciente durante el día, si presenta alguna eventualidad o si todo se mantuvo igual. Ahí entrás en acción con el paciente: hay que medirle los signos vitales, cambiarle el pañal, asearlo, aspirarlo si tenés que aspirarlo, hacerle higiene bucal, hacerle sus respectivas curas de traqueotomía y gastronomía y rotarlo cada cierto tiempo, porque sino se escaran y les salen esas úlceras por presión.

Cuando terminas todas esas cosas una se sienta, pero siempre estás viendo la cama a ver si hace falta algo, si necesita algo o dándole su vueltita. Pasas la noche en vela en una silla. Pienso en qué falta de consideración de los familiares, porque te dan una silla de lo más incómoda, sillas de tubitos de metal. Pasar tanto tiempo en esa silla me fregó la cervical. Entonces esa parte también es un poco desmotivadora.

Los familiares a veces son más intensos que los pacientes, porque ellos están postrados y muchas veces no hablan. Entonces el familiar te dice: ¿Qué tal? De este botellón de agua no podés tomar agua tú. Es solamente para el paciente. Si tú tienes sed agarra agua de la canilla. Hay algunos que son cordiales. Son muy pocos. La mayoría son indiferentes, no les importas tú como persona, que te ofrezcan un té, un café, son muy escasos. También, la mayoría de los que te dicen ahí hay café es para que pases la noche, para que no te duermas. En su gran mayoría piensan que una no está. Una sabe que están pagando tus servicios, pero de este lado también somos personas.

Me encariñé con algún paciente cuando estaba recién empezando en enfermería. No digo que a estas alturas no, pero una va superando esa etapa. Mi mamá dice que yo tengo el corazón de hierro, pero lo aprendes, porque sino vas a ir por la vida llorando a tantos pacientes. En esta carrera tú tienes que ser así. A mí no me gusta tratarlos mal. A pesar de que el paciente no hable, igual le explico cualquier procedimiento que le voy a hacer.

–Fulanito, te voy a cambiar el pañal. ¿Oíste? Me colabora...  
Siempre trato de explicarles, de hacer las cosas con cuidado, de no lastimarlos.

En este momento me pagan doscientos pesos la hora. Fíjate, esa diálisis duraba veinte minutos y yo me hacía en ese tiempo lo que me hacía con doce horas de guardia y quizás un poquitico más. El pago me llevó a tomar la decisión de trabajar de delivery. Una es quien trasnocha y tiene que cargar con la responsabilidad de un paciente. Si se presenta alguna dificultad durante tu turno, tú tienes que saber cómo resolver para poder salvarle la vida hasta que lleguen los médicos o la ambulancia. Pero las agencias no valoran eso. A ellos lo único que les importa es recibir dinero.

\*\*\*

El año pasado me llamaron dos veces para prestar el servicio en un hospital. La primera me pidieron la matrícula. La segunda no acepté porque a Sarahy le daba miedo que me muriera. Estaba empezando la pandemia. Todos estábamos a la expectativa de este nuevo virus, pensando que si te agarra te mueres. A ella se le transmitió todo ese miedo y me pedía que no trabajara con pacientes con Covid-19. Entonces me quedé con pacientes a domicilio.

Una amiga enfermera que trabajaba de manera particular haciendo

diálisis peritoneal necesitaba otra enfermera. Me iba mucho mejor que trabajando para la agencia, porque como era algo particular el pago era mayor.

Cierto día a ese paciente se le murió un hermano. El paciente tenía muchas enfermedades y, a pesar de eso, lo llevaron al velorio. Allí alguien lo contagió. Esa noche me tocaba hacerle la diálisis. Él carraspeaba como de costumbre. Cuando me le acerqué a hacerle algo en el catéter, prácticamente me tosió en la cara.

El señor empezó a presentar síntomas como a los cuatro días. Al sexto día de esa diálisis empecé yo. En el hospital Ramos Mejía me preguntaron con quién vivía y si tenían síntomas. Les dije que todos estaban bien, aunque Sarahy tenía un dolor de cabeza fuerte. Nos hisoparon y nos mandaron a un hotel a esperar los resultados. Dimos positivas.

Gracias a Dios Sarahy no tuvo más síntomas, únicamente ese dolor de cabeza fuertísimo. Yo sí. En un sólo momento sentí falta de aire, cuando ella se estaba bañando. No avisé a los médicos, porque si me llevaban a un hospital ¿con quién quedaba Sarahy? Entonces, como tenía dexametasona a la mano, me senté en la cama, traté de respirar profundo y no alarmarme y me la inyecté. Me quedé sentada, tranquila. Al rato fue fluyendo y empecé otra vez a sentir mi respiración normal.

\*\*\*

Atender a mi hija es la parte más complicada. Me cuesta mucho porque no tengo alguien que me la pueda buscar y llevar a la escuela. Trabajo de noche para que me quede el día libre y poder hacerlo tranquila.

Llego de trabajar a las nueve de la mañana. Tengo que hacerle el desayuno, despertarla, que se bañe, que se cambie, que guarde todo. Total que no duermo cuando vuelvo de estar con los pacientes. Y después de llevarla al colegio me pongo a cocinar nuevamente para Wildred y para mí.

Un día, después de hacer una diligencia, llegué a la casa a las cuatro de la tarde, cansadísima, porque no había dormido nada. Me acosté un ratito, puse mi alarma para las cuatro y media y caí como una piedra. Cuando sonó yo no la sentí. Del colegio me empezaron a llamar, llamar y llamar y yo no sentí el teléfono y eran las cinco y

media. Llamaron a mi hermano y a Wildred, que estaba manejando y no contestó. Como por cosas de Dios, abrí los ojos y cuando vi la hora ya tenía quince minutos de retraso. Me puse los zapatos y salí corriendo, despeinada. Llegué al colegio y la profesora: ay, son las cinco y media. Y yo: y bueno profesora disculpe pero es que llegué muy cansada. Ella tampoco sabe mi rutina ni nada: que no vuelva a pasar por favor. De verdad que eso se me salió de las manos, no sentí la alarma, no sentí llamadas, nada. Por suerte no me ha vuelto a pasar.



# DONDE ESTÁ UNA, ESTÁ LA OTRA



texto

**SOFÍA ARRIETA**

arte

**FEDERICO LENCI**

**103**



**Mariela y Velia se conocieron en El Pueblito, un barrio de la periferia de Córdoba con fuerte presencia de la colectividad peruana. Primero fueron vecinas, luego amigas y, más tarde, inseparables. Entre las dos organizaron un merendero, participaron de marchas, reconstruyeron sus vidas después de un incendio. En la tierra que eligieron para vivir, saben que algo de su futuro es seguro: siempre estarán juntas.**





“Y esta, ¿qué me va a pedir?”, pensó Velia al ver que Mariela se acercaba desde la vereda de enfrente.

“Esta es la última vez que pregunto. Y si no, nos iremos para otro lado”, se dijo Mariela, con la misma desconfianza.

El sol abrasador del verano cordobés brillaba sobre las calles guadalosas del barrio “El Pueblito”. Mientras la seguía con la mirada, Velia sostenía un balde de mezcla y sacaba cuentas con los dedos: contaba las bolsas de cemento, los ladrillos que había puesto y calculaba los faltantes. De la misma forma en que calculaba qué materiales se necesitaban para levantar una pared ella medía los ingredientes para preparar ceviche: hacer una casa y cocinar tenían cosas en común.

La llegada de una chica muy joven con un bebé en brazos interrumpió el trabajo y los recuerdos de su vida en Lima. Mariela tenía los pies llenos de tierra. Las dos se miraron y mientras Mariela se corría el pelo de la cara transpirada, le preguntó:

– Doñita, ¿sabe de algún terreno por acá? Estoy buscando para hacer mi casa, me dijeron que hay bastantes compatriotas en esta parte.

Velia dejó el balde en el piso y se sacudió las manos.

– Este que está acá al lado está libre.

Mariela cerró los ojos y, por primera vez en muchos días, su sonrisa le ganó al cansancio. Córdoba por fin le ofrecía un pedacito de tierra que hiciera de hogar.

Desde aquel día fueron vecinas. Y, más tarde, amigas. Un tiempo después se volvieron inseparables. “Donde está una, está la otra”, dicen en el barrio, y ellas asienten entre risas en el taller de costura de Velia.

Velia tiene 54 años, llegó a Córdoba en 2011. La trajeron engañada a un trabajo que no era. Sobre aquel tiempo dice frases cortas e incómodas: “De eso no me gusta hablar”.

Con Paco, su actual novio, vivieron en diferentes partes de la ciudad. Alquilaban habitaciones y departamentos mientras pasaban de un trabajo a otro: ella fue costurera, casera, niñera, empleada doméstica, cocinera, vendedora, hasta que dieron con el terreno y la posibilidad de construir la casa propia.

Mariela tiene 27 años y llegó en 2014 junto a su pareja y su hija de unos meses a vivir en la casa de su suegra, en otro barrio con fuerte presencia de la colectividad peruana. Su desembarco en el Pueblito fue a partir de recorrer y “preguntar, preguntar, preguntar” en muchos lugares dónde había un espacio posible para construir.

Por sus edades y por sus gestos podrían ser madre e hija. Se mueven en los terrenos de una y la otra con comodidad, se dan opiniones sinceras, se retan, se defienden con uñas y dientes.

\*\*\*

“El Pueblito” es un barrio grande ubicado en el extremo oeste de Córdoba. Tiene dos sectores bastante definidos: la parte “de arriba” y la “de abajo”. Esta última tiene un trazado más irregular y autoconstruido. Es un asentamiento habitado en su mayoría por migrantes peruanos y peruanas.

En 2018, las casas de Velia y Mariela eran de las pocas que se habían terminado en la parte “de abajo” del barrio, que se estaba poblando cada vez más. Con los nuevos vecinos, llegó también la necesidad de reunirse para “parar la olla” y dar una respuesta colectiva a los problemas compartidos.

Las dos amigas empezaron a participar como cocineras en un comedor de la parte “de arriba”, pero después de algunos conflictos se alejaron de esos espacios. Como vieron que faltaba uno para su propio barrio, lo instalaron en su cocina.

“No teníamos nada de nada”, recuerdan. Tocaron puertas, hablaron con las vecinas y se organizaron. El Movimiento de los Trabajadores Excluidos (MTE), organización en la que militan, les dio alimentos y apoyo para conseguir materiales y construir de a poco el cuarto precario que hoy funciona como comedor.

El grupo se amplió, consiguieron que varias vecinas se turnaran para cocinar y, también, que más familias se acercaran a buscar un plato de comida. Pronto llegaron los salarios sociales complementarios en reconocimiento del trabajo comunitario.

\*\*\*

Es de noche y después de cenar Mariela se acerca a la casa de Velia.

Conversan mientras miran la tele y los niños juegan con los perros, que nunca se cansan de los tirones de orejas. Las mujeres anotan en un cuaderno los gastos de los últimos días. Así llevan las cuentas: “Para que nadie tenga nada para decir de cómo se gasta el dinero”.

A lo lejos escuchan gritos que se acercan hasta la puerta. Alguien llama con desesperación el nombre de Mariela. Ella se asusta. Salen corriendo a ver qué pasa, sienten un olor muy fuerte y el humo les irrita los ojos. La casa de Mariela se está quemando, desde afuera se ve una columna de humo muy negro. La cocina había quedado prendida, la manguera de la garrafa se zafó y pronto todo se prendió fuego.

Los vecinos y vecinas corren con baldes y frazadas para apagar las llamas. Cuando lo consiguen, ven lo que queda de la cocina: los restos son una masa negra indistinguible que huele a quemado. Mariela, en medio del llanto, se da cuenta de que en la cocina también había una mochila con todo el dinero del comedor para hacer la compra de los materiales. Se arrodilla en el piso tratando de salvar algunos billetes, pero no queda nada. Velia le promete que también esto va a pasar. “Donde está una, está la otra”, y en los días siguientes organizan polladas, venden tortas y vuelven a juntar hasta el último peso.

\*\*\*

Es noviembre de 2021, son las 12 del mediodía y una muchedumbre rodea el Ministerio de Desarrollo Social de la provincia. Una nena tiene un bombo entre las manos que ocupa más de la mitad de su cuerpo. Lo sostiene firme y lo hace sonar con fuerza. La rodean algunos hombres con pecheras azules que sostienen otros bombos y mueven la cabeza marcando el compás. Ella se baja el barbijo y les sonríe. Más allá, un grupo de mujeres despliega unas banderas enormes.

Una mano en el hombro y una voz diciéndole que no se aleje le hacen saber que su mamá, Mariela, está a su lado. Velia intenta escuchar lo que se dice más adelante, pero los aplausos y los ruidos no la dejan.

Las organizaciones sociales reclaman un aumento en las raciones de alimentos para los comedores comunitarios. La pandemia convirtió a sus trabajadores y trabajadoras en “esenciales”, pero en los barrios las tareas son cada vez más desgastantes. Velia y Mariela llevan varias horas fuera de casa, las vecinas que quedaron a cargo del comedor preguntan impacientes por el grupo de Whatsapp cómo está saliendo todo.

De repente, el ruido de los bombos se vuelve más intenso y la gente festeja. Ellas no llegan a escuchar a las compañeras que transmiten la respuesta del ministerio, pero la alegría colectiva les hace saber que –al menos en parte– la movilización no fue en vano. Otra vez se encuentran codo a codo, como les sucede hace varios años en cada momento importante. Se miran y sonríen: saben que siempre, en esta tierra elegida, “donde está una, está la otra”.



# ¿QUÉ LE HICIERON A MIS NIETAS?



texto

**DELIA RAMÍREZ**

arte

**PINI PERRONE**

**111**



**Hace veinte años que la familia de Mariana de Jesús Ayala López es perseguida en Paraguay. Por la militancia de algunos de sus hijos en el Ejército del Pueblo Paraguayo (EPP) tuvo que exiliarse y cuidar a varios de sus nietxs en Argentina. En 2020 dos de ellas, María Carmen Villalba y Lilian Villalba, fueron asesinadas por las Fuerzas de Tarea Conjunta del Estado paraguayo en la frontera entre Concepción y Amambay. Desde el destierro, Ña Mariana exige justicia.**





En una vieja casona oscura de un barrio porteño, Anita practica el violín. Está enamorada de ese instrumento: cuando lo toca olvida sus penas. Lili, su primita, se metió debajo de la cama, llora, no quiere lavar los platos. Ña Mariana tiene un ataque de tos y el pequeño Néstor corre a buscar un vaso de agua. Al regresar simula ser una ambulancia con sirena encendida. Osvaldito también llora, nadie entiende bien por qué. Está agarrado como garrapata a las piernas de su abuela, mientras en la sala de al lado otros niñxs juegan a los gritos. Ña Mariana a veces se cansa, otras se enoja, pero la mayor parte del tiempo comprende a sus nietxs. Un año ha pasado desde el doble infanticidio de sus nietas Lilian Mariana y María Carmen, de 11 años, asesinadas por el ejército en Paraguay.

Ña Mariana de Jesús Ayala es madre de tres hombres y cinco mujeres. También es abuela de más de una veintena de niñxs y adolescentes. Diez de esos nietxs viven con ella y su hija Myrian en Buenos Aires. El destierro y el despojo la acompañaron a lo largo de su biografía: hace más de dos décadas que su familia sufre una persecución que incluye allanamientos, citaciones, acoso policial, judicial y mediático como respuesta a la decisión de algunos de sus hijxs de militar en el Partido Patria Libre (PPL), para luego pasar a la clandestinidad de la organización del Ejército del Pueblo Paraguayo (EPP).

Los primeros allanamientos arrancaron en la década de los 2000. En ese momento la familia Villalba vivía en Concepción. Ña Mariana todavía recuerda cómo se impuso a la milicia cuando atropellaron su casa sin orden legal. Pronto el exilio se convirtió en la única alternativa frente al hostigamiento, pero también frente al desprecio social de una comunidad que le daba la espalda por segunda vez. Primero, por ser una madre soltera y por haberse embarazado de un hombre casado. Luego, por tener hijxs combatientes.

En 2011 llegaron a Misiones, esa tierra que, por sus suelos, su vegetación furiosa y su tradición guaraní, se parece al Paraguay. En diez años se acostumbraron a caminar por las calles del pueblo sin cargar con el estigma del apellido Villalba. En la chacra siempre había mucho trabajo, pero para Ña Mariana eso no era problema. Cuando sus hijos eran todavía pequeños, se enteró de que el agua del pueblo estaba contaminada: “Comencé a hervir el agua todos los días y la ponía en un cántaro de barro, en el kambuchi, para que se refrescara. Me daba una enorme satisfacción tener agua fresca y saber que evitaba la muerte de mis hijos”. Ahora en Buenos Aires Ña Mariana volvió a hervir el agua para ver si así se le pasa un poco esa tos que no la deja dormir.

## La masacre de las nietas.

El 2 de septiembre de 2020 el presidente paraguayo Mario Abdo Benítez tuiteó una foto acompañada de 262 caracteres. Se lo veía posando con uniforme camuflado. Debajo, escribió:

*Hemos tenido un operativo exitoso en contra del EPP. Luego de un enfrentamiento, dos integrantes de este grupo armado han sido abatidos. Hay un oficial herido. A todo el equipo le ratifiqué mi agradecimiento por su valentía en la lucha contra este grupo criminal.*

Las asesinadas no eran jóvenes, ni siquiera adolescentes, tampoco guerrilleras ni miembros de un grupo criminal: eran dos niñas de 11 años llamadas Lilian y María Carmen, las nietas de Ña Mariana, criadas y educadas por ella en Argentina.

Estaban de paso por Paraguay, querían conocer a sus padres, que son miembros del EPP. Poco sabían las niñas sobre ellos y poco se sabe hasta hoy, pues permanecen en la clandestinidad del norte paraguayo. Las niñas de nacionalidad argentina vivían en Misiones pero estaban varadas en Paraguay. También sus primas Anita, Lichita y Tamara, parte del mismo contingente que se fue de Misiones a finales de 2019. Todas debían regresar a su casa antes del inicio del ciclo lectivo 2020, pero la pandemia modificó los planes. Ña Mariana jamás sospechó que llamarían terroristas del EPP a sus nenas.

Luego del doble infanticidio de Lilian y María Carmen, el ejército quemó las ropas y destruyó toda evidencia del supuesto enfrentamiento; sin una autopsia adecuada, los cuerpos fueron rápidamente enterrados. Una tercera nieta de Ña Mariana, Lichita, continúa desaparecida. Solo dos niñas lograron sobrevivir a la persecución de las Fuerzas de Tarea Conjunta. Una de ellas es Anita, la niña del violín, melliza de Lichita. La otra es Tamara, ella también vive en Buenos Aires y se prepara para estudiar medicina el año entrante. Ambas declararon Comité de Derechos del Niño de Naciones Unidas.

“¿Dónde está Lichita?, ¿qué le hicieron a mi nieta?”. Ña Mariana sufre en silencio, no puede dejar de preocuparse por ella, por sus demás nietxs. Y por sus hijos. La menor de ellas, Laura, hoy está detenida. Ella había acompañado a las niñas para conocer a sus padres y fue testigo del doble infanticidio. Sobre ella recaen acusaciones graves y es señalada como una peligrosa terrorista: los medios la apodaron “la enfermera del EPP”. Laura nunca se había separado por mucho

tiempo de Ña Mariana y hasta hace poco trabajaba como enfermera en Misiones.

A finales de diciembre de 2020 Laura fue capturada en Paraguay, mientras buscaba a su sobrina desaparecida, Lichita. Después de pasar meses retenida en un cuartel militar, la trasladaron a una cárcel de mujeres de Encarnación. En prisión aprendió a pintar: pinta mientras piensa en sus cuatro hijxs que quedaron con la abuela Ña Mariana en Argentina. Eso le hace sentir bien.

Laura no es la única hija en prisión que tiene Ña Mariana. También está Carmen, su hija mayor. Carmen está privada de libertad hace diecisiete años, calificada por los medios como la criminal más peligrosa del Paraguay. Ella se autodefine comunista; ya ha cumplido su condena, pero sigue encarcelada.

A pesar de las penosas condiciones de encierro, Carmen reivindica su derecho a la maternidad. Eso lo aprendió de su madre, Ña Mariana, quien la acompañó de cerca durante sus embarazos. En la cárcel, Carmen parió mellizas: Lichita y Anita. “¿Lichita dónde estás? Que no te trague el silencio abrumador de las bestias que te hieren, buscando el tiro certero contra la niña insumisa que nació en cautiverio con los ojitos abiertos dando sus primeros pasos en prisión a los 10 meses”. La carta pública que escribió en enero de este año desde el Pabellón 2 de la cárcel del Buen Pastor ha circulado por redes sociales, asambleas y manifestaciones.

Hoy, Ña Mariana y dos de sus hijas, Myrian y Rosa, están refugiadas en Buenos Aires. Diecisiete integrantes de la familia han tenido que trasladarse a la capital porque el aislamiento de la chacra misionera dejó de ser un lugar seguro y tranquilo. Cada día que pasa, estas mujeres resisten a la desmemoria, no sólo exigiendo justicia sino también a partir de lo que mejor saben hacer: cuidar.

---

\* El trabajo de campo ha sido realizado en conjunto con Catalina Servín, para ella mi agradecimiento.

# JOSIE Y LOS NUEVOS COMIENZOS



texto

**DHÉO CARVALHO**

arte

**JAPO (DIEGO A. YAMASATO)**

**117**



**De Porto Velho a Dublín, de Vancouver a Estados Unidos, la vida de una joven brasileña se reinventó durante años a cada kilómetro. Hasta que en Buenos Aires encontró su lugar: empezó a estudiar medicina, dejó de huir de sí misma y, gracias a la Ley Nacional de Identidad, pudo hacer su terapia hormonal. Hoy muestra orgullosa su DNI argentino. Dice “Josie Galore”.**



Es el momento perfecto para Josie. Improvisa un maquillaje y elige un par de zapatos de tacón. Le quedan enormes. Siente complicidad con el ropero de su madre, que salió para trabajar. La casa, en Porto Velho, región norte de Brasil, es ruidosamente ocupada por las canciones de Xuxa que suenan en la radio roja. Cuando el baile con frenesí se detiene, es hora de dar vuelta al cassette.

—Quería tener el pelo largo y cubría mi cabeza con una toalla. Ni diez años tenía. Me ponía pintalabios y me sentía bella. Percibía que existía un yo que nadie veía— recuerda.

Su pelo rizado creció bastante en la cuarentena. Desde su departamento, en Coghlan, va caminando hasta el hospital Pirovano, donde hace visitas frecuentes. Josie va a cumplir treinta años y hace tres meses empezó con su terapia hormonal para sentirse mejor con su género e identidad.

Josie pasó buena parte de su infancia en la quinta de su familia, lejos de la ciudad: creció bajo el cielo de la selva amazónica. Envuelta por el clima tropical, los insectos y la transpiración, pasaba las tardes corriendo sobre la tierra oscura para tirarse al río Madeira. Dentro de su casa el ambiente era bien distinto: un padre ausente, el olor a alcohol, los golpes. Recuerda el horror, la violencia, escuchar a su madre entre llantos y silencios, querer que todo eso pasara rápido y que no se repitiera nunca más. Josie no pudo esperar. Entre tantos árboles esfumados con el cielo, entre tantas guayabas frescas, ella empezaba a planear su futuro: huir de allí.

\*\*\*

Faltaban un par de horas para el año nuevo de 2010 y Josie esperaba ansiosa el show pirotécnico en un pueblo del interior del Estado de Rondonia. Se miró al espejo y vio su silueta de perfil: le gustaba cómo se veía sobre su piel negra el maquillaje casi imperceptible y un jean y una camisa que sus “tíos no usarían”. Otra vez la niña brillaba. En medio de la cuenta regresiva para la media noche tuvo un pensamiento y se sintió libre. Ese mismo año sacó un pasaje a Irlanda para empezar de cero.

Josie cruzó el Atlántico buscando el futuro, pero Dublín no la sedujo. Quizás por los pocos rascacielos. Quizás por las miradas extrañas y la dificultad para conseguir un trabajo. Asoció el verde de las fiestas de San Patricio con el paisaje renunciado de Porto Velho. Y así cómo llegó, se fue: pronto.

Después vino la gira por Norteamérica. En Canadá le llegaba el buen trato desde las filas de supermercado y los viajes en colectivo. Se bautizó Josie: en ese momento era una drag queen más en las noches de Victoria. Para no perder su condición de migrante regular, se mudó a Estados Unidos. En un mundo tanto más grande, ella nutría sueños efímeros y coleccionaba nuevos comienzos.

Esperaba cada fin de semana para elegir un nuevo maquillaje. A diez centímetros del piso bailaba segura a Britney y a Beyoncé, pero cuando salía el sol se desmontaba acompañada de un zumbido agudo en su cabeza. No era el momento para ir a trabajar con su corpiño puesto.

Juguemos: vamos a creer que sólo hay dos sexos y que es lo mismo sexo que género. Entonces te asignan a uno de dos equipos: el azul es para que seas macho, varón y masculino; el rosa es de hembra, mujer y femenina. Hay códigos preestablecidos para cada grupo. Si no te identificás con el que te tocó, no te gustan las dinámicas, querés cambiar de equipo, de juego, o simplemente no querés participar, tenés un problema. Quien no juega será anormal, tendrá una patología, trastorno o síndrome. ¿Te suena?

Transgender Europe (TGEU) es una organización que monitorea datos relevados por instituciones trans y LGBTQIA+ a nivel global. En un informe realizado entre octubre de 2020 y septiembre de 2021, TGEU mostró que el 96% de las personas trans y género-diversas asesinadas eran feminidades trans. En Estados Unidos, el 89% eran racializadas. La edad promedio de esos 375 asesinatos fue de treinta años -sin contar los casos que ni siquiera son reportados. La organización dice que esos números corresponden a “una pequeña muestra de la realidad”.

\*\*\*

Cuando Josie dejó de comprar el american dream cargaba una valija pesada. Se acostumbró a ser alguien que no era “de acá”, a cambiar de casa, clima y camino. Quería estar más próxima de su familia y de sí misma rescatando un antiguo deseo: estudiar medicina y ser doctora.

De Argentina sabía poco: “vino, tango y mate”. En enero de 2017 empezó a respirar Buenos Aires. El cielo, azul, tenía un sol que volvía a calentar su sangre latina. Mientras estudiaba con microscopios los preparados histológicos, disecaba la noche en la Ciudad de la Furia.



En una fiesta y con un vestido que tapaba menos de la mitad de su muslo, a Josie la vio un grupo de colegas de su facultad. Había aprendido con el tiempo a calcular y vigilar su voz, mirada, gestos, andar, modos, ropas, relaciones y espacios. Todo eso se derrumbó: reaccionaron con trago y burla, baile y ofensa. Asunto para meses. La ridiculizaron y la expusieron cuando supieron que su vivencia trascendía un cuerpo sin senos.

\*\*\*

Los primeros días de cuarentena Josie los pasó pelada y limpia de cara. Guardaba su peluca preferida en un rincón oscuro del armario. En el cajón, un corpiño S. Los atardeceres recortados por una ventana se cruzaban con preguntas viejas, jamás respondidas. Cuestionaba sus ganas de vivir. Hoy cuestiona qué hubiera pasado sin la terapia.

—Estaba cerca de otro plan de fuga. Fuga de mí misma, porque ya no huía de mí familia, huía de mi realidad. ¿Hasta cuándo? Ser libre, tener un lugar al que llamar hogar, un matrimonio. ¿Cuándo iba a realizar eso no siendo quien soy? Nunca.

A Josie el número 26.743, el que lleva la Ley Nacional de Identidad, le marcó la vida. Durante el segundo gobierno de Cristina Kirchner, en 2012, el Estado argentino reconoció que las personas pueden identificarse y expresarse con el género autopercebido, sin importar el sexo asignado al momento del nacimiento. Reconocía, igualmente, la necesidad de garantizar derechos básicos para la comunidad no-cis. A partir del cumplimiento de esa Ley y de la Ley de Migraciones 25.871 -que permite el acceso a los servicios sanitarios aquí prestados independientemente de la condición de regularidad migratoria- Josie pudo hacer su terapia hormonal.

Hoy, muestra orgullosa su DNI argentino. Dice “Josie Galore”.

\*\*\*

Cuando Aglee supo que su hija había empezado con la hormonización, de inmediato fue a la iglesia. Se acordó de cuando la retaba por estar con la mano en la cintura, de lavar las toallas que simulaban pelo y de cuando ella le quería enseñar a bailar samba. De rodillas resignificaba sus memorias de madre:

—Dios me mostraba, yo no entendía.

La trigésima Marcha del Orgullo de Buenos Aires fue la primera para Aglee. Antes de salir, le pidió a su hija que le pintara los labios. La Avenida de Mayo daba espacio a una comunidad que celebraba su diversidad. Totes bajo el mismo sol. Aglee observaba los carteles que exigían una Ley Integral Trans, las estéticas transgresoras, los colores en las banderas, las camionetas que pasaban y hacían llover brillo sobre los cuerpos en euforia. Un toque en su hombro interrumpió su mirada pensativa:

—¿Viste, ma? ¿No te dije que iba a estar todo bien?



## **SOFÍA ARRIETA**

Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Cursa el Doctorado en Historia en la Facultad de Filosofía y Humanidades de aquella universidad y es becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS – CONICET y UNC). Es docente en secundaria y forma parte de los programas de investigación “Migraciones y Espacio Urbano” y “Estudios Latinoamericanos en Antropología del Trabajo”, ambos radicados en el CIECS. Entre sus temas de investigación se encuentra la migración peruana de las últimas dos décadas en Córdoba.

## **LAURA CABEZAS**

Doctora en Letras (UBA), docente en la cátedra de Literatura Brasileña (UBA) y becaria posdoctoral (CONICET). Investiga, escribe y traduce. También saca fotos analógicas. Le interesan las relaciones entre literatura, arte y religiosidades latinoamericanas, desde una perspectiva feminista, transdisciplinaria y decolonial.

## **GUILLERMO CAPOYA**

Periodista. Nació y se crió en la ciudad de Santa Fe, Argentina. Llegó a la historia del Cruce de Los Andes de inmigrantes japoneses a través de un comentario casual, oído en la mesa de un bar. Y la historia, apenas susurrada, se convirtió en una búsqueda minuciosa para reconstruir aquella “epopeya”.

## **DHÉO CARVALHO**

**125**

Migrante de Brasil, estudia Medicina en la UBA. Hace actividades de investigación y docencia en el Centro de Morfología y Neurociencias y participa en las ollas solidarias de Repliegue.

## **CAROLINA CORFIELD**

Estudió Historia en la Universidad Nacional de Mar del Plata y Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional de Quilmes. Combina la docencia secundaria y terciaria con la investigación histórica. En el año 2021 participó en la realización de una investigación para la serie de canal Encuentro “Haylli, una memoria revelada” y en un proyecto de identificación de material fotográfico para el Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón.

## **CONSTANZA DI PRIMIO**

Abogada y religiosa de la Congregación Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Actualmente colabora en el área legal de la Comisión Episcopal para Migrantes.

## **MARIELA DOLORES ERREA**

Estudiante de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires.

## **NATALIA GROSSENBACHER**

Nació en Choele Choel. Es docente y comunicadora social. Enseña la lengua castellana y su didáctica en un Instituto de Formación Docente. Mientras, observa y escribe cuando el contexto la interpela. Vive en Fiske Menuco (General Roca), provincia de Río Negro.

## **MACARENA MERCADO MOTT**

**126**

Nació y creció en La Rioja. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad Nacional de La Rioja. Luego de transitar por diversos lugares de trabajo, una beca la llevó hasta Foz do Iguazú (Brasil) para realizar una Maestría en Integración Contemporánea de América Latina. Actualmente, vive y trabaja en Buenos Aires, en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, como becaria doctoral CONICET.

## **CLARA OLIVEROS**

Nació en Venezuela, y es orgullosamente Maracucha. Es Ingeniera Química egresada de la Universidad del Zulia (LUZ). Trabajó durante treinta años en la Corporación Venezolana de Guayana, (CVG). Disfruta de la familia, el café, los amigos, las orquídeas y el vino.

## **FLORENCIA QUERCETTI**

Licenciada en Psicología (Universidad de Buenos Aires), Magíster en Estudios Internacionales (Universidad de Barcelona) y docente de la Cátedra II de Salud Pública y Salud Mental de la Facultad de Psicología de la UBA. En este momento está desarrollando una investigación doctoral sobre Salud mental y Migraciones desde una perspectiva de derechos humanos y comunitaria. Trabajó en distintos ámbitos y sectores en temáticas de educación, protección de los DDHH, derecho a la salud y salud mental.

## **DELIA RAMÍREZ**

Misionera. Vive en Buenos Aires. Es hija de migrantes paraguayxs, antropóloga social y comunicadora intercultural. Es investigadora de UNSAM/CONICET en temas de agricultura familiar y campesina en el contexto contemporáneo de globalización. Militante por los DDHH en Paraguay y por los derechos de los migrantes en Argentina. Feminista comunitaria.

## **GABRIELA SALA**

**127**

Licenciada en Sociología (UBA). Investigadora del CONICET con sede en el Programa de Investigaciones sobre Trabajo y Empleo Urbanos (PITEU), Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL), CONICET.

## **ALEJANDRA TORRIJOS**

Estudió periodismo y edición en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Radicada en Buenos Aires desde 2013, cursa la Maestría en Periodismo Narrativo en la Universidad Nacional de San Martín. Es una de las ganadoras de la beca de Periodismo Performativo de la Revista Anfibia. Publicó en Salsa sin Miseria, Revista Relatto, La Cola de Rata y revista Anfibia.

# **ILUSTRADORES**

128

## **SEBASTIÁN DANA**

Ilustrador y Diseñador Gráfico egresado de la FADU (UBA). Como ilustrador trabajó en diversos proyectos para grandes marcas como Visa, Patagonia, Ledesma, MTV y Nike, entre otras.

@Sebastian\_dana\_

## **JUAN FUJI**

Nació en Buenos Aires, es artista plástico y diseñador gráfico. Desde su estudio colabora con distintos proyectos y produce sus obras que incluyen pinturas, dibujos y grabados.

@juan.fuji

## **GASTÓN GONZÁLEZ**

Ilustrador y diseñador gráfico egresado de FADU (UBA). Nació en Buenos Aires y desde niño realizó talleres de dibujo, donde las caricaturas de los periódicos fueron su primera gran fuente de inspiración. Luego vino la pasión por la música, y el mundo de las portadas fue uno de los principales motivos por los que decidió estudiar diseño gráfico. Esta carrera le abrió el camino al mundo de la ilustración. Ha publicado en diversos medios nacionales e internacionales. Piensa que el concepto está por encima del estilo, por eso disfruta ilustrar a través de diferentes técnicas, desde la ilustración vectorial hasta el collage digital y el uso de texturas, incluso a través de piezas materiales. Se dedica también al diseño de portadas de discos, visuales para shows, branding y dirección de arte. Disfruta tocar la guitarra, cantar y componer, y lleva siempre un libro en su bolso. @gastongonzalezok



## FEDERICO LENCI

129

Ilustrador y Diseñador gráfico con una base formal en Artes visuales en la UNA. La versatilidad a la hora de expresarse le permitió indagar en diferentes materiales como acuarela, lápices, ilustración digital, collage y acrílicos. Mutar y resignificar como forma de comunicación; a problemas técnicos, soluciones poéticas.

@fede\_lenci

## ANTONELLA MALACHITE

Diseñadora gráfica recibida de la FADU (UBA). Trabaja de manera independiente en diseño gráfico, fotografía e ilustración. Durante años se especializó en imágenes para músicos, desde portadas hasta escenografías y videoclips. Actualmente también se dedica a diferentes proyectos de ilustración, diseño web y branding para marcas y emprendimientos. Entusiasta de los colores y de representar escenas o situaciones del mundo con la fotografía y el dibujo.

@escapology @antonellamalachite

## ALINA NAJLIS

Ilustradora, Diseñadora Gráfica de la FADU (UBA). Docente de la UBA desde 2010, donde actualmente da clases de Ilustración e Ilustración Editorial. Vivió en París becada por esa ciudad y la de Buenos Aires para desarrollar un proyecto editorial que presentó en la Semana del Diseño de París y el Festival Internacional de Diseño de Buenos Aires en 2013. Trabaja como Ilustradora y Diseñadora Gráfica independiente para clientes locales y globales. Como ilustradora ha publicado libros y en medios impresos y digitales internacionales. Su trabajo se enfoca, principalmente, en temáticas feministas y sociales en general.

alinanajlis.com

## **PINI PERRONE**

**130**

Diseñadora gráfica e ilustradora recibida en FADU (UBA). En 2018-2019 realizó en Barcelona el Postgrado en Ilustración Creativa y Técnicas de la comunicación visual en EINA (Centro Universitario de Diseño y Arte de Barcelona). Ilustra de manera digital, le gustan los momentos cotidianos. Prevalecen los colores fuertes y cuerpos en contra de los estereotipos sociales de belleza. Desde 2014 tiene su marca de Arte Impreso en productos @holatrapo junto a una amiga, donde se unen el collage con pintura, lo digital con lo manual, lo abstracto con lo figurativo, y el realismo con el surrealismo.

@piniperrone

## **JAPO (DIEGO A. YAMASATO)**

Nació en Quilmes. Se formó como diseñador gráfico en la FADU (UBA) donde actualmente da clases en la materia Morfología en la cátedra Pereyra. Es ilustrador freelancer, polifacético y siempre trata de buscar nuevos proyectos de diferentes índoles.

[www.behance.net/japox24](http://www.behance.net/japox24)



Durante 2021 un grupo de 14 autorxs, periodistas, investigadorxs y activistas trabajó para contar historias de migrantes que llegaron a la Argentina buscando un futuro mejor. Con el apoyo de OIM y Anfibia, guiados por la maestra Sonia Budassi y la experta en Comunicación Intercultural Gimena Pérez Caraballo y con la edición de Ezequiel Fernández Bravo y Leila Mesyngier, investigaron y escribieron acerca

de las vidas de quienes cruzaron fronteras en grandes epopeyas, quienes rehicieron sus biografías y quienes construyen futuro desde los sabores, los bailes, la tierra y las tradiciones familiares. Desde la India, Venezuela, Perú, Bolivia, Japón, Paraguay, Colombia, Brasil y Armenia, estos textos narran la vida cotidiana de nuestro país. ¡Pasen y lean!



 **OIM** | ARGENTINA + **Anfibia**  
ONU MIGRACIÓN